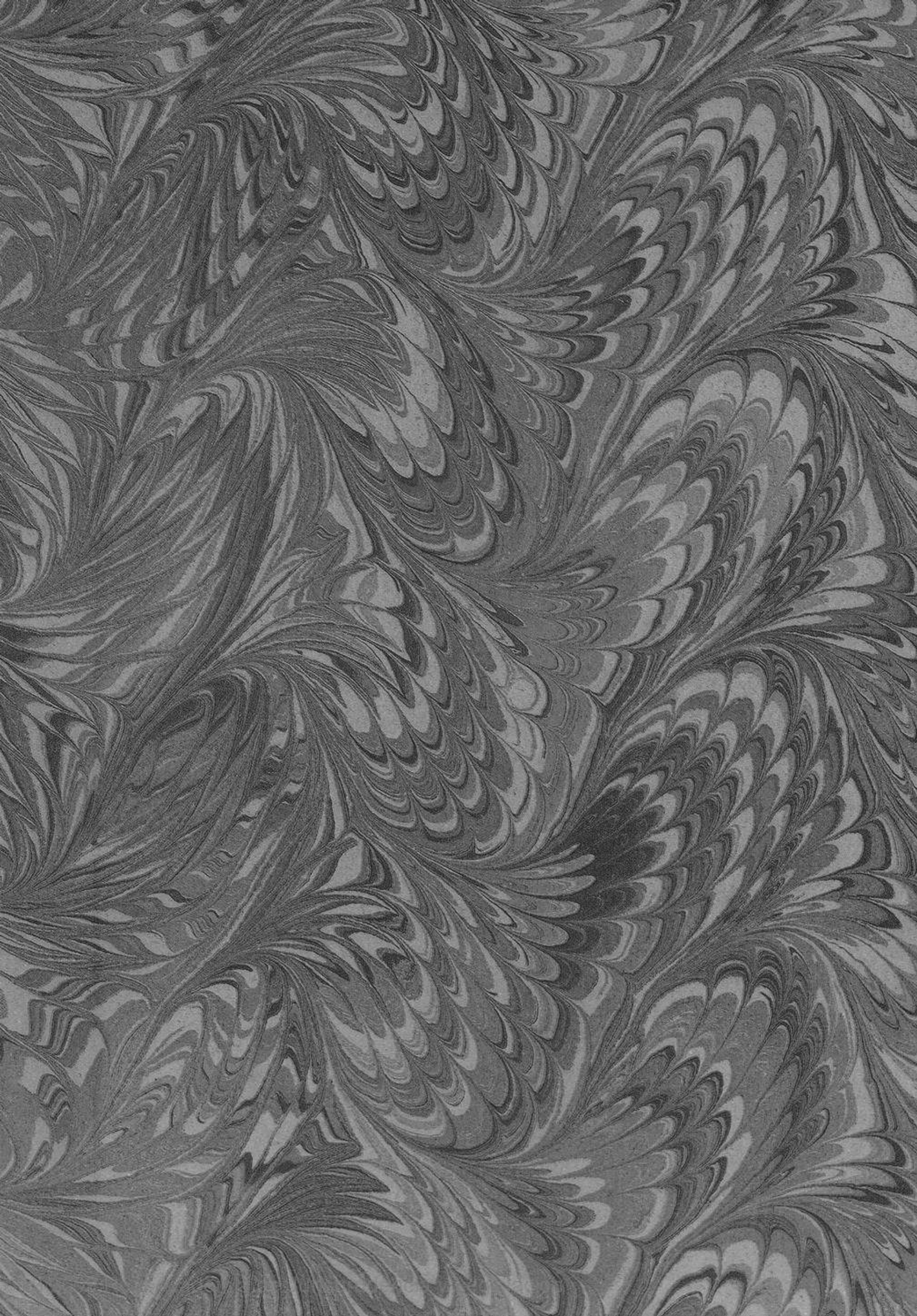
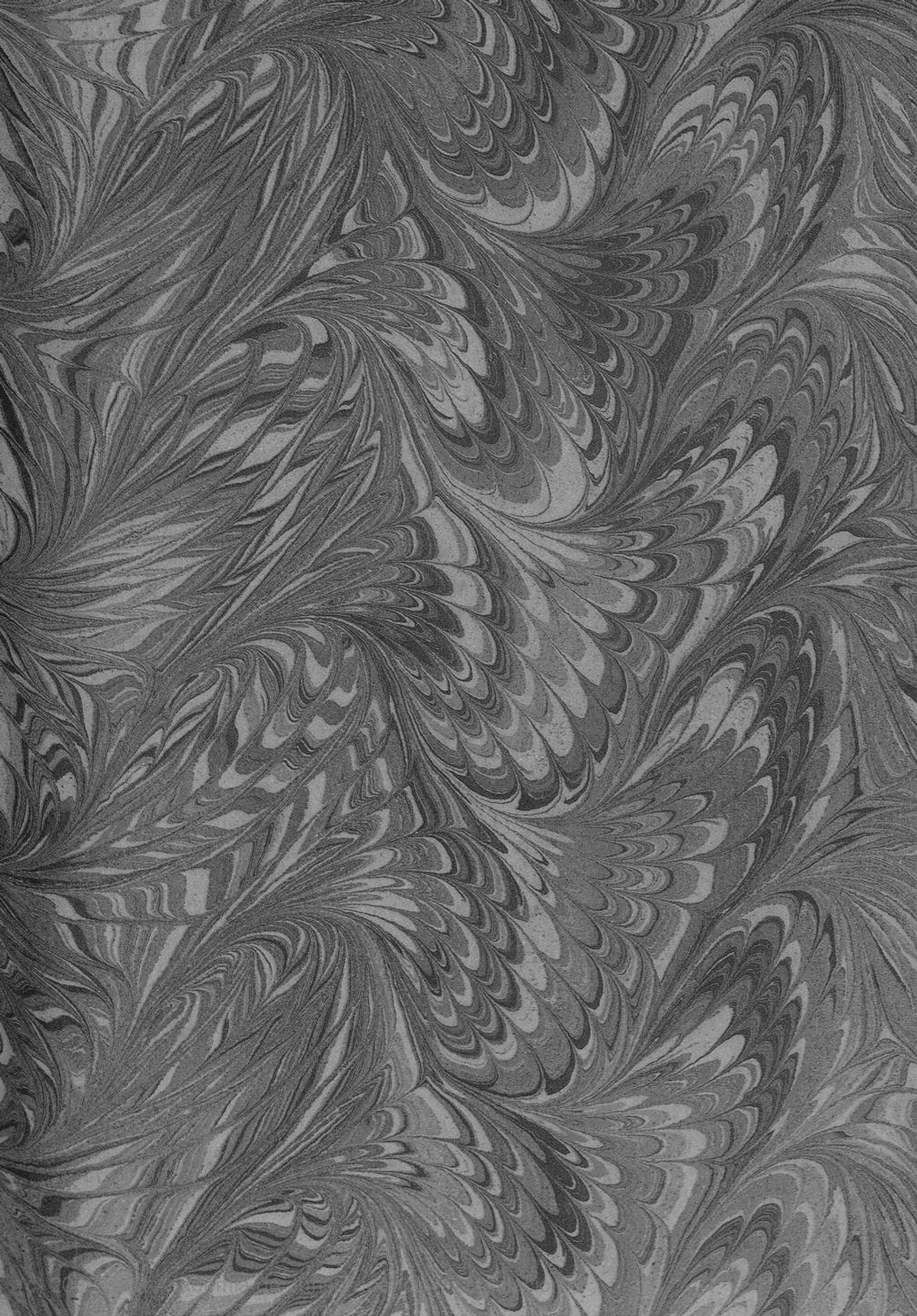


OS  
OS  
ID

15











1 XLIX  
E-10





PAP.

~~1/17/89~~  
IDEA

~~XLIX  
E-10~~

DE LOS PRINCIPALES SUCESOS

Y OCURRENCIAS

~~9/23/15  
S.S.~~

QUE HAN AFLIGIDO Á MADRID,  
DESDE MEDIADOS DE MARZO DE 1808, HASTA  
PRINCIPIOS DE MAYO DEL MISMO.



CON LICENCIA.

MADRID.

IMPRENTA DE VILLALPANDO.

1808.

IDEA

DE LOS PRINCIPALES SUCCESOS

Y OCURRENCIAS

QUE HAN ALELIGIDO A MADRID

DESDE MEDIADOS DE MAYO DE 1763, HASTA

PRINCIPIOS DE MAYO DEL MISMO.

COMPLACENCIA

MADRID.

IMPRESA DE VILLALBA.

1768.

## INTRODUCCION.

Los grandes y memorables sucesos de que por desgracia hemos sido testigos oculares, y que han pasado en el corto espacio de quatro meses, ofrecen un campo muy vasto y ameno al hombre reflexivo, al verdadero filósofo, para sepultarse en profundas y dolorosas meditaciones sobre los tristes, funestos, pero indispensables efectos del despotismo: sobre las peligrosas y horrorosas consecuencias de la indolencia y abandono de aquellos soberanos que se persuaden, que para gobernar una monarquía, basta saber oprimir á sus vasallos: sobre los terribles é incalculables males que puede causar á una nacion la prepotencia, desenfreno, y absoluto poder de un válido, si los que debiendo, ó pudiendo levantar la voz contra sus excesos, se empeñan en adularle y en canonizar hasta sus mismos vicios: sobre la perfidia é iniquidad de que es susceptible el corazon de un conquistador ratero y astuto, engreido con sus victorias, conseguidas acaso no tanto con las bayonetas, como con el engaño, con la baxeza y con la mala fe; y finalmente, sobre el poder y energía de un pueblo, por mas agoviado que esté, en el momento que llega á sacudir de sí el yugo con que tiránicamente se le tiene oprimido.

Estos mismos sucesos, presentados baxo diverso aspecto, subministran á los historiadores abundantes hechos que transmitir á la posteridad, y les ofrece una galería muy rica de primorosas pinturas, con que poder dar un vuelo rápido á su pluma. Por lo que á nosotros toca estamos muy distantes de creernos con fuerzas suficientes para un pensamiento tan atrevido; ni aun quando fuese capaz de seducirnos el amor propio, podriamos contar con los fondos necesarios de instruccion, indispensables para desempeñar con acierto una empresa, tan útil, tan laudable, y tan digna de un verdadero sabio. Lo que no podemos menos de desear es, que el genio venturoso, dotado

\*

de todas las calidades que constituyen un historiador , que tome á su cargo este ímprovo trabajo , capaz de eternizar su nombre , si lo desempeña como corresponde , se revista y fortalezca de una noble constancia , de un generoso esfuerzo , para no dexarse arrastrar de ciertas preocupaciones políticas que son como ingenitas entre nosotros , ni menos deslumbrar de los brillantes rayos que despiden las mayores dignidades.

Aborrecemos demasiado la adulacion , y con tal que no se nos pueda arguir de mentira , nada tememos en un tiempo , en que el mismo gobierno nos estimula á que hablemos en materias políticas con una santa libertad. Así, seremos francos , seremos ingenuos , y nuestra obrita tendrá á lo menos el mérito poco comun de pintar á los sujetos tales como son , y no solo como debian ser.

Para que el lector impaciente no nos acuse de molestos , pasemos sin mas preámbulos á presentar sumariamente el estado en que nos hallábamos desde el mes de Noviembre del año pasado , hasta 13 de Marzo de este, dia en que se verificó el último viage de Godoy desde Madrid al Sitio de Aranjuez.

Estos mismos sucesos , presentados bajo diversos aspectos , suministran á los historiadores abundantes hechos que transmitir á la posteridad , y les ofrece una galeria muy rica de primordiales pinturas , con que poder dar un vuelo rápido á su imaginacion , y á su espíritu. Los hechos muy distantes de nosotros con fuerzas suficientes para un pensamiento tan atrevido ; ni aun quando fuese capaz de seducirnos el amor propio , podríamos contar con los fondos necesarios de ilustracion , indispensables para describir con acierto una empresa , tan útil , tan laudable , y tan digna de un verdadero sabio. Lo que no puede menos de desear es , que el genio venturoso , dotado

## CAPITULO PRIMERO.

*Estado de la Corte ántes de los sucesos de Aranjuez.*

Quando ya estaba dispuesto para entrar en España el ejército que baxo las órdenes del general Junot enviaba contra Portugal el Emperador de los franceses, y quando ejércitos mucho mas numerosos se iban aproximando á nuestras fronteras con las ideas mas pérfidas y siniestras, Carlos IV, seducido sin duda por el Príncipe de la Paz, acusó á su hijo primogénito, de que conspiraba contra su autoridad, para despojarle del trono y ponerse él mismo la diadema. Imbuido de estas falsas ideas, promulgó un decreto en 30 de Octubre de 1807, acusándole de traidor; y habiéndolo remitido al Consejo para que lo mandase circular, este supremo tribunal, agoviado del despotismo de Godoy, y contrariado en todas sus resoluciones, se vió en la dolorosa precision de darle el paso. Se publicó este monumento de la mayor iniquidad en varias capitales de la monarquía, pero apenas hubo persona que creyese capaz al heredero del trono de unas ideas tan negras y horrorosas: todos, llevados de un mismo sentimiento, atribuyeron esta detestable calumnia á las intrigas del Almirante, enemigo irreconciliable de este Príncipe desgraciado; y en Madrid, á pesar de la solícita diligencia de los satélites de policía, y de los espías asalariados, se hablaba, y aun levantaba la voz contra la conducta de un padre, que tenia valor para acusar públicamente á un hijo, y acusarle nada menos que de traidor y patricida, sin la mas mínima prueba.

En esta figurada conspiracion del hijo contra el padre se complicó á varios personajes, cuyo zelo por el bien de la patria, cuya nobleza de sentimientos, y cuyo teson, al paso que les habia captado el amor y la estimacion de todo el mundo, los tenia arrinconados, perseguidos y aparta-

dos de palacio. De nada les sirvió su inocencia; fueron desde luego arrestados, y aun al mismo Príncipe de Asturias se le quitó la libertad: el que le dió la existencia fué quien le puso arrestado en su quarto.

Viendo el sumo y alto desprecio con que desde el primer momento habia sido recibido por toda especie de personas este fatal decreto, idearon sus autores, para salir del laberinto en que inconsideradamente se habian metido, remediar con otro atentado los pasos precipitados que habian ya dado. Persuadiéron á Carlos promulgase otro decreto, por el que como padre tierno y lleno de clemencia perdonase á su hijo, en vista de dos cartas suplicatorias que con mucha maña le hizo firmar el Almirante, dirigida la una á su padre, y á su madre la otra, las que se insertáron en el segundo decreto con fecha 5 de Noviembre: mandando al mismo tiempo formar causa á los demas cómplices (como si pudiese haber complicidad en donde no hay delito) en cuyo número estaba comprehendido el Duque del Infantado, y Don Juan Escoizquiz, Dignidad de la Santa Iglesia de Toledo, y Maestro que fué de matemáticas del mismo Príncipe falsamente acusado.

Estos dos decretos, escritos de letra del Almirante, segun declaráron posteriormente los mismos Secretarios y Oficiales de la Secretaría por donde pasáron, fuéron obra, á lo que se aseguró aquellos dias, y hay sobrados fundamentos para creer, de Don Pedro Estala, Esculapio secularizado, muy conocido por su fabuloso Viagero Universal, y Bibliotecario mayor de San Isidro el Real, á quien hacia poco tiempo se habia conferido una Canongía de Toledo, á pesar de las constituciones de esta Santa Iglesia, que niegan el asiento en su coro á todo regular secularizado. El Arzobispo, y todo el Cabildo resistió su admision; pero una bula del papa, acaso subrepticia, obtenida por la prepotencia del personage á quien acompañaba continuamente y adulaba, lo allanó todo.

Afligida la familia real con estas escandalosas divisio-

mes intestinas, tramadas por Godoy (1), de acuerdo sin duda con la Reyna, y conturbada la monarquía por las infelices resultas que presagiaba de un suceso tan ruidoso y extraordinario, todo era confusión, y nadie dudaba que habia alguna mina secreta que estaba muy próxima á reventar. La poderosa influencia de Godoy, y su negra alma hacía temible el dia en que se sentenciase esta gran causa, y aun mas si se llegaban á imponer las penas que desde que se abrió el juicio, tuvo aliento para pedir un Fiscal prostituto y venal; pero la rectitud y perspicacia de los once ministros nombrados para su formación, declarando inocentes á todos los acusados y presos, restituyó la tranquilidad que no habia disfrutado el corazón desde el dia 30 de Octubre. La sentencia absolvió plenamente á todos los acusados; pero con todo, no dexó de premiar el Rey la inocencia de aquellos buenos vasallos, con reclusiones, con destierros, y con otras penas que solo reservan las leyes para los verdaderos reos.

Miéntas el Almirante, escudado con el nombre del Soberano, abusaba de su valimiento en unos términos tan ilimitados, se iban internando en el reyno varias divisiones de tropas francesas, con el pretexto de que unas pasaban á la Africa, y que otras se dirigian á Portugal, para incorporarse con el ejército de Junot. De allí á poco tiempo, y sucesivamente, las tropas que se habian quedado en Cataluña, en Navarra y en Guipuzcoa se apoderaron por sorpresa, y como por una especie de diversion militar, de la Ciudadela de Barcelona y Pamplona, de las

(1) Para apartar de sí las sospechas que naturalmente debian presentarse contra él, mirandole como autor de la intriga, se fingió enfermo en Madrid algunos dias ántes de la aparición del primer Decreto, y no se dexó ver en público, ni en secreto desde el 23 de Octubre hasta el 3 de Noviembre que marchó al Escorial, publicando con arte sus agentes, que el objeto de este viage, se dirigia á reconciliar al hijo con sus ofendidos padres. Esta medida, con la que toscamente se creyó poner á cubierto, llamó mas la atención, y no faltaron curiosos que observando de cerca sus pasos, descubriesen sus nocturnos viages al Sitio, en los diez dias de su supuesta enfermedad.

fortalezas de Figueras, y de otras plazas y castillos de menos importancia.

El público se perdía en congeturas, al considerar por una parte esta escandalosa conducta de la Francia, con quien no solo se estaba en sana paz, sino que se tenía la alianza mas estrecha de trece años á esta parte, desde los tratados de Basilea, haciéndose los mayores sacrificios por parte de la España para conservarla inalterable; y por otra, la asombrosa indolencia con que miraba el Rey, que sus formidables y turbulentos vecinos se apoderasen impunemente de las fortalezas que ponen una barrera respetable entre ámbas naciones. Acusaba de infidencia y de soborno á los Capitanes Generales y á los Gobernadores: pedia al cielo su castigo; pero era porque ignoraba, lo que nadie podría persuadirse racionalmente, que muchos de ellos procedían con orden del que como Generalísimo disponía á su arbitrio de las armas y fuerzas de la monarquía.

No faltaron gobernadores honrados, y buenos españoles que resistiesen la entrega de algunas plazas, y levantasen la voz contra la traicion, pero la intriga sofocaba sus clamores, y las reiteradas órdenes que recibían de la Corte, les ponía en la dura precision de pasar por cobardes, y por unos hombres corrompidos, sin poder justificar su conducta: no les quedaba mas recurso que gemir, triste consuelo de los afligidos.

Al paso que los Generales franceses se cubrían de oprobio con estas conquistas rateras, y con estas proezas de infidelidad, otros vegetaban en la inaccion en Valladolid, en Burgos, en Aranda de Duero, y en otras crecidas poblaciones de Castilla, de Alava y de la Rioja, vexando y oprimiendo á sus pacíficos moradores. Inconscientemente estas tropas con las que entraron primero, empezaron á dar nuevos motivos de su venida. Propagaban por todas partes, que el único objeto que se proponía el Emperador, era favorecer á la nacion Española, y castigar los delitos de Godoy, principalmente los que habia cometido contra la Francia, ya revelando á los Ingleses los



enigmáticos y tenebrosos tratados de Tilsit, que pusieron término á la guerra con la Rusia, ya contribuyendo á la Inglaterra por debaxo de cuerda con crecidas sumas para que pusiese obstáculos á la paz del continente, y ya retardando con intrigas la alianza del Príncipe de Asturias con una Princesa de Francia.

La cosa no era muy verosímil, porque si Bonaparte solo se hubiese propuesto derrivar al inepto favorito de su fiel aliado, excusaba para tan pequeño triunfo, enviar exércitos tan numerosos, ni mucho menos apoderarse de las plazas fronterizas; pero como Godoy era odiado justamente de toda la nación, se creía, como siempre se cree lo que lisongea, ver en cada soldado frances un redentor que venia á quitarnos un yugo, que ya habia llegado á hacerse insoportable; y sin reflexionar en las inconseqüencias y noticias contradictorias de los mismos franceses, hallaron todos ellos en los pueblos del tránsito, la mejor acogida, y la hospitalidad mas officiosa.

En este mismo tiempo llegó á Madrid Don Eugenio Izquierdo, Director que fué del Gabinete de Historia Natural, hombre de la mas refinada intriga, emisario asalariado que en diversos tiempos habia tenido, y tenia en la actualidad Godoy en París, y uno de los que mas le habian adulado desde su escandalosa elevacion. Al dia siguiente de su llegada, el Domingo que se contaba 6 de Marzo, le llevó su protector á Aranjuez en su mismo coche, honor que solo dispensaba á sus mayores confidentes; y habiéndose mantenido en aquel Sitio, segun costumbre, hasta el Miércoles de la misma semana, se lo volvió á traer á su lado, y sin mas detenciones tomó la posta el Jueves ántes del amanecer, y regresó á París.

La inesperada venida de este hombre, su corta estancia en la Corte, y su repentina desaparicion, no dexó de alarmar á los que tenian algun conocimiento de las profundas dobleces de su corazón. Se esparció la voz de que habia tenido con la Reyna una larga conferencia, y que habiéndola informado por menor de quanto habia obser-

vado en París, así en el Senado como en casa de los Ministros, pues su intriga y los millones de España que prodigaba, en todas partes le daban entrada, quedó penetrada del mas vivo sentimiento.

A su regreso para Francia, en uno de los pueblos de Alava, segun se dixo por entónces, tuvo una larga session con Joaquin Murat, Gran Duque de Berg, que venia á mandar en gefe los exércitos que tenia su cuñado en España. Por ciertas palabras parece llegó á traslucir, que las ideas del Emperador nada tenían de pacíficas, y que sus deseos estaban cifrados en que Carlos IV y toda la familia Real abandonasen el reyno, para apropiárselo, como acababa de hacer con Portugal. No dexó el emisario de participar inmediatamente á Godoy este importantísimo descubrimiento, añadiendo, que segun su modo de pensar, ya no le quedaba mas remedio que una pronta fuga.

Sea de esto lo que fuere, pues con dificultad podrán presentarse pruebas de su certeza, lo que no admite duda es, que en la corte que todas las clases mas condecoradas del Estado tributaban por dias á Godoy, se notaba en su semblante, y aun mas en sus proposiciones, ciertos rasgos de furor y desesperacion, que muchos llegaron á persuadirse, que su cabeza habia sufrido algun gran desconcierto, ó que á lo ménos su alma se hallaba luchando con pasiones muy violentas. En la última audiencia que dió en Madrid dia 13 de Marzo, manifestó abiertamente sus temores, representados con demasiada viveza para ser fingidos; y dirigiendo la palabra á varios Oficiales de todas graduaciones, que segun costumbre le habian ido á tributar sus respetos, les dixo, que ya habia llegado el tiempo que seria necesario manifestar su valor.

No dexó de notarse tambien en este mismo dia, el que estando muy serena la mañana, no hubiese baxado á la parada; siendo así, que desde mediados de Diciembre, que se habia mudado á las casas del Barquillo, jamás, aun quando estuviese lloviendo, dexó de baxar á pasar revista

á los regimientos que entraban de guarnicion, y que se formaban en la nueva plaza, á la que dió la adulacion el nombre del Almirante. Al pronto creyeron muchos, que alguna repentina indisposicion le privaba de esta especie de recreo, en donde ostentaba de lleno todo su poder; pero luego que se le vió muy sereno al balcon, para que á su presencia desfilasen las tropas, no dudaron atribuirlo al temor que le habian hecho concebir, así varios pasquines que se habian fixado contra su tiranía, anunciándole un fin próximo, como á ciertos desaires que en otros dias habia sufrido su orgullo en la misma parada. Referirlo todo seria alargarnos demasiado, y nos están llamando cosas mas importantes.

## CAPITULO II.

### *Sucesos de Aranjuez desde el dia 13.*

Serian cosa de las tres y media de la tarde de este mismo dia, quando salió para el Sitio el Príncipe de la Paz. Al atravesar el hermoso paseo del Prado, asomó varias veces la cabeza por la portezuela del coche, para hacer cortesías indistintamente á quantos fixaban en él su vista. Esta atencion, poco comun en su altanería, y el semblante placentero con que acompañaba sus besamanos, no dexó de causar alguna novedad á los observadores; y por las conseqüencias que tuvo este último viage, se infirió, acaso infundadamente, ó acaso con justicia, que estas demostraciones, y estos ademanes fuéron una burla que hizo al pueblo de Madrid, al que siempre oprimió con el peso de su autoridad, y á quien con la fuga de toda la familia Real que llevaba proyectada, se complacía dexar sepultado en una triste y horrorosa situacion.

Llegó á Aranjuez, como siempre, en siete quartos de hora, y despues de un corto descanso en su casa, pasó á Palacio á verse con la Reyna, ántes que viniese el Rey de caza. Lo que entre ámbos pasó solo ellos se lo saben; pero

\*

lo que se infiere con facilidad en vista del resultado posterior es, que en aquella sesion decretáron irrevocablemente el viage de toda la familia Real para México, pretextando que solo se dirigía á Sevilla, ó á otra ciudad de las Andalucías.

Firmes en esta resolucion, para la que ya de antemano habian tomado ámbos algunas medidas, que no habian dexado de traslucirse en el público, se retiró Godoy á su habitacion. Vino el Rey de caza al anocheecer segun costumbre, por ser la única ocupacion en que consumia la mayor parte de las horas del dia, y á poco tiempo volvió á Palacio el Valido, á tiempo que Cárlos estaba entregado al juego con los que acostumbraban hacerle la partida. Aun no bien habia entrado en la pieza, quando acusando á todos de descuido, empezó á alarmar su ánimo apocado, asegurándole que Madrid estaba en estado de insurreccion; que los Francéses, en número de mas de cien mil hombres, se iban aproximando á la Corte á marchas forzadas, y que era preciso tratar desde luego de ponerse á seguro todos en uno de los pueblos de Andalucía, situado á las playas del mar.

Esta novedad tan inesperada alteró al Rey; pero confiado en una carta de Napoleon que acababa de recibir, juntamente con un regalo de catorce briosos caballos de la Normandia, que miraba como un testimonio de su fina y verdadera alianza, parece que no queria resolverse á tomar el partido que le proponia, el que durante todo su reinado habia dominado su espíritu. El Marques Caballero, Ministro de Gracia y Justicia, viendo con satisfaccion desairada la propuesta del Almirante, alegó varias razones para persuadir á Cárlos no abandonase la Corte. Resentido el orgulloso Godoy de esta oposicion no esperada, y ciego de cólera, trató con poco decoro al que se oponia á sus ideas. Este, por su parte, contemplando que todo lo arriesgaba, y aun acaso su misma vida, si se resolvia el Rey á emprender el viage, porque seria sin duda el blanco adonde asestase sus tiros el hombre á quien

jamás se habia atrevido á resistir abiertamente, tampoco estuvo mas moderado. Se trataron recíprocamente de traidores; se echaron en cara uno á otro cosas que hasta aquel momento habian tenido ocultas, y aun acaso hubiera pasado adelante la escena, si el respeto que infunde la Magestad no los hubiera contenido en algo.

Se salió Godoy del quarto del Rey, y lleno de furor pasó al de la Reyna. Aunque nada sepamos de positivo sobre el objeto de su diálogo, con facilidad se llega á discurrir, que solo se ocuparian ámbos en los medios de realizar quanto ántes la resolucion que habian formado. Para conseguir sin oposicion sus ideas, dexáron que saliesen del quarto del Rey los que habian quedado, y á breve rato volvió á entrar primero el Almirante y luego la Reyna. No tardó Carlos en sacarles la conversacion aunque con semblante algo displicente, y aprovechándose de la ocasion, le atacó tan de firme su favorito, y de tal modo apoyó sus razones María Luisa, que por último alcanzaron lo que deseaban, que fué el consentimiento para el proyectado viage.

No despreció los instantes Godoy. Al momento baxó á la Secretaría de Gracia y Justicia á buscar al Ministro, y desentendiéndose del lance pasado, le dixo que el Rey estaba resuelto al viage, y que así desde luego pasase las órdenes correspondientes para tomar las disposiciones, en la inteligencia que SS. MM. habian dispuesto salir el dia 16. Caballero, que se habia ya quitado la mascarilla, se opuso resueltamente á cumplir sus preceptos, lo que dió motivo á una nueva contextacion entre ámbos, en la que por una y otra parte se trataron en términos bastante injuriosos. Resentido en extremo Godoy, citó ante la presencia del Soberano al que sin ningún rebozo se habia declarado ya su rival; y como estos escandalosos debates pasaban en la Secretaría, y aun en los tramos que conducen á ellas, llegaron á oídos de muchos, quienes no acertaban á fixarse en qué vendria á parar esta tormenta. Suviéron por fin al quarto del Rey, y á su presencia se

volviéron á tratar de lo que eran ; es decir , de traidores , y aun no falta quien asegure , que ciego de cólera el Almirante , echó mano al acero para herir á su rival , pero que el semblante airado de Carlos , y algunas palabras proferidas con firmeza , calmáron su insolencia.

Así se pasó esta borrascosa noche. A la mañana del siguiente dia , que se contaba el 14 , se presentáron los Ministros á saludar al Rey segun etiqueta , y habiéndolos recibido con semblante lleno de indignacion , les dixo pálido y descolorido , que mandaria cortar la cabeza al que fuese osado oponerse á su voluntad. Todos enmudecieron , y empezáron á entrar en cuenta consigo mismos , sobre el partido que deberian tomar en unas circunstancias tan críticas y escabrosas.

Nada de lo que pasaba en Palacio ignoraba el Príncipe de Asturias , y su querido tio el Infante Don Antonio ; y habiendo llegado á saber de positivo que se trataba nada ménos que de llevarlos por fuerza al otro emisferio , caso de que voluntariamente no quisiesen ir , para exprayar su corazon y evitar el golpe , manifestáron sus temores á algunas personas de su servidumbre , en quienes tenian mayor confianza , asegurándoles que solo la violencia podria arrancarlos del centro de España , de donde queria sacar á toda la familia Real la prepotencia de Manuel , por sus fines particulares y siniestros , y con especialidad porque veia ya cerca el ejército frances que venia á vengar su inocencia : esto es lo que acaso de buena fe le tenia persuadido el Embaxador de Francia. Sus criados oyéron con dolor la triste situacion en que se hallaban constituidos un Príncipe y un Infante en quienes idolatraban ; y difundiéndose la voz de unos en otros , pasó á toda la servidumbre. Se reuniéron entre sí , y contemplándose perdidos si se realizaba la fuga , tratáron de impedirlo á todo trance , uniéndose tambien para este fin los jardineros , guardabosques y demas empleados que pendian del sueldo de Palacio.

La Reyna y el Almirante , contando siempre con la

ciega docilidad de Carlos, aunque no ignoraban la fermentacion que habia en el Sitio, no desmayaron del buen éxito de su empresa. Empezaron á dar prontas disposiciones para que se verificase la salida el Miércoles 16 á media noche; y proponiéndose el primero llevar tambien consigo á su escandalosa amiga Doña Josefa Tudó, á quien acababa de hacer Vizcondesa de Rocafuerte, y Condesa de Castilofiel, títulos alusivos á la constancia en sus criminales y eternos amores, comisionó á Don Juan Diego Duro, Arcediano de Guadalaxara, y Ministro del Consejo de Hacienda, y á Don Juan Crucet, Teniente de su Guardia de honor, para que la sacasen de su casa á media noche, y la llevasen á Ocaña, ó á otro pueblo de la carrera de Andalucía.

El buen Eclesiástico, hombre dispuesto á complacer en todo al ídolo que incensaba, y que á fuerzas de prostituciones habia obtenido sus dignidades y empleos, dió sus disposiciones para poner en execucion las órdenes que temia. El Teniente Crucet, cumpliendo con los mandatos de su favorecedor, aunque no se habia captado su venolencia por unos medios tan ruines como Duro, protegió la salida con algunos soldados de la guardia del Generalísimo.

Sacaron pues á deshoras de la noche á la Doña Josefa con sus dos ó tres niños, fruto de la incontinencia del Almirante, de la que públicamente hacia alarde, á sus dos hermanas, soltera la mas jóven, y la otra muger de Truxillo, Fiscal del Consejo de Guerra, cuyo fin ha sido bastante trágico. La vieja Doña Catalina, cómplice del escandaloso trato de su hija, acompañó en la fuga á su numerosa prole, llevando en una galera el mucho oro y preciosas alhagas que adquirió con la subasta de bastantes empleos.

Resuelto tambien Don Miguel Caytano Soler, Secretario del Despacho Universal de Hacienda, á seguir á los Reyes, no por afecto que les profesase, sino por saciar mas y mas su insaciable codicia, vino á Madrid en la mis-

ma noche á recoger lo mas precioso que encerraba su casa, y podia fácilmente transportarse. En quanto á los demas Ministros, no se sabe con bastante certeza si estaban ó no resueltos á seguir el mismo partido: lo que entónces se dixo solo fué, que el de Guerra se habia excusado por su mucha familia y abanzada edad.

Convencidos la Reyna y Godoy, por los repetidos avisos que les comunicaban sus solícitos agentes, de que toda la comitiva, y la mayor parte de los empleados en Aranjuez, tenían resuelto impedir un viage que los dexaba perdidos, y sepultado el reyno en los horrores de la anarquía, resolvieron suspenderlo para el dia 17 á media noche, á fin de coger desprevenidos, y diéron órdenes secretas para que el Cuerpo de Guardias de Corps, los Batallones de Guardias Españolas y Walonas, los Esquadrones ligeros de Carabineros Reales, y otros Cuerpos de la Guarnicion de Madrid pasasen inmediatamente al Sitio. La salida de estas tropas se verificó á las primeras horas de la noche del Miércoles 16, y habiendo caminado á la ligera sin tomar descanso, llegaron todas ellas la mañana del siguiente dia.

Al mismo tiempo que estas fuerzas se iban aproximando al Sitio, y venian tambien caminando á marchas forzadas las que mandaba el Marques del Socorro, y habia retirado de Portugal con orden del Generalísimo, para cubrir los caminos del tránsito, y proteger la proyectada fuga de los Reyes, se esparció la voz de que ya se habian escapado. Este rumor vago puso en alarma á todos los que se hallaban en Aranjuez, y habiéndose dirigido á Palacio, empezaron á gritar pidiendo que se presentase el Rey. Noticioso el Príncipe heredero de la sublevacion, salió cercado de hachas á uno de los balcones para calmar los ánimos. Con efecto cesó la gritería y confusion así que reconoció el pueblo á S. A., y les aseguró que el Rey estaba algo indispuerto en cama, y que si les quedaba alguna duda podian subir y desengañarse.

Ninguno hubo tan desatento que se atreviese á poner



la menor dificultad en lo que aseguraba el Príncipe, y sus cariñosas palabras disiparon la tempestad que estaba amenazando por instantes. Todos se fueron retirando á sus casas, y se entregaron dulcemente al sueño sin el menor recelo.

Las cosas sin duda se hubieran quedado en este apreciable estado de tranquilidad, si en la mañana del Jueves 17 no se hubiesen presentado en el Sitio las fuerzas que la noche ántes habian salido de Madrid. La aparicion inesperada de estas tropas irritó los ánimos; y nadie dudó desde entónces, que la fuga de la familia Real estaba ya resuelta irrevocablemente. Se extendió la voz de unos en otros; y sea que el partido de oposicion enviase sus emisarios por los pueblos circunvecinos, alarmados ya con las ocurencias de los dias anteriores, ó bien que la opinion pública divulgase esta novedad, anticipando las congeturas á los hechos, lo cierto es que á la caida de la tarde del mismo dia 17, ya habia en el Sitio varias quadri-llas de paisanos, la mayor parte manchegos, que si hemos de dar crédito á la voz comun, componian de quatro á cinco mil hombres.

Reunido el paisanage con la tropa de Casa Real, acordaron prontamente las medidas que deberian tomar para impedir la evasion de los Reyes, y aun mucho mas la del Príncipe de la Paz, principal autor de su fuga. Para este fin, varias partidas de Guardias Españolas y W-alonas, sin contar con sus gefes, y algunas quadri-llas de paisanos, obedientes á la voz de su capataz, que parece lo era cierto personage, baxo el nombre del tío *Zamarra*, se apoderaron del camino de Ocaña, y otras pasaron la noche en el Puente largo, con intencion de resistir qualquier refuerzo que fuese de Madrid, para proteger la fuga. El Cuerpo de Guardias con las demas tropas, á excepcion de los Carabineros de la Guardia del Generalísimo, que no quisieron tomar parte en el proyecto, formando un quadro, cercaron Palacio, y patrullaron por las calles.

Sería cosa de media noche, quando creyendo que se iba á realizar la fuga, disparáron un tiro, que era la señal en que se habian convenido, para ponerse sobre las armas las tropas de reserva (1). Los Guardias de Corps que habian quedado en el quartel, y que tenian preparados los caballos, saliéron prontamente en formacion con su trompeta al frente, y al toque de la generala cada uno fué á ocupar el puesto que se le tenia señalado de antemano.

La alarma sin duda fué falsa, y aun se cree con bastante verosimilitud que no era aquella la noche que tenian destinada para la fuga, pues se aseguró entónces como un hecho indubitable, que halláron caliente la cama de Godoy algunos de los que subiéron en su busca, lo que siendo cierto supone que ya estaba recogido.

Todo era confusion en el Sitio, y la noche presentaba un quadro horroroso, que presagiaba las conseqüencias mas funestas. Previendo el Almirante que aquella tempestad amenazaba á su cabeza, mandó á su hermano Diego, coronel de Guardias Españolas, que en aquella misma tarde habia ido desde Madrid á Aranjuez, sin duda con su órden, le acompañase hasta Palacio, en donde se contemplaba seguro del furor del pueblo, furor que por tantos años habia provocado impunemente. Salió al frente, contando con que la subordinacion de su Regimiento abriría camino á su hermano. Se engañó miserablemente, pues habiendo mandado á sus soldados hiciesen fuego contra los que intentasen impedir el paso, uno de ellos le contextó con un culatazo. Cayó en tierra, y cargando otros sobre él, le lleváron preso al quartel. Aterrado Manuel, que estaba para seguirle con una pistola en cada mano, volvió á coger la escalera, sin pensar en otra cosa que en salvar su vida.

(1) Otros aseguran, que este tiro lo disparó un Husar de la Guardia del Generalísimo, que estaba de centinela á la puerta de la casa de su gefe, contra un explorador que andaba expiando sus movimientos, para ver si se realizaba su evasion.

Para que no se les escapase de las manos la presa que con tanta ansia buscaban soldados y paisanos, luego que llegaron á saber que habia retrocedido, fuéron en su seguimiento; pero aunque reconocieron con bastante prolixidad varias piezas de su casa, rompiendo algunas puertas, salieron vanas sus diligencias. Uno de ellos levantó la voz asegurando que habia huido por otra puerta, y tomando mas crédito este dicho, luego que salieron á la calle, resolvieron ir en su seguimiento algunas partidas de caballería. Nada pudieron descubrir, y desengañados en vista del testimonio de las abanzadas y de los que guardaban los caminos, de que por ellos nadie habia pasado, se volviéron sin pasar adelante, inclinándose á creer que estaba escondido en Palacio.

Los que quedáron reconociendo con mas prolixidad su casa, se dirigieron al quarto de la infeliz Princesa, que se hallaba sepultada en las mayores angustias; y despues de consolarla á su modo, la dixéron con todo respeto que se vistiese; que nada temiese; que el pueblo compadecia sus desgracias y el cautiverio en que vivia; que aquella casa, casa en donde reynaba la iniquidad, no era mansion propia para una Señora de sus prendas; que la iban á llevar á Palacio. Se retiráron todos para que se vistiese, y miéntras tanto se vistiéron las camareras, y vistiéron á la niña, único bástago de esta monstruosa alianza.

El pueblo mas enfurecido sabe algunas veces respetar la inocencia. La muger de este hombre abominable, y detestado de toda la nacion, experimentó felizmente, quan útil le fué en esta fatal noche no haber sido cómplice de los excesos de su esposo. Léjos de atentar contra su existencia; léjos de insultarla; léjos de hacerla sufrir el menor desacato, la lleváron en triunfo á Palacio. Sacáron para este fin uno de sus coches, y dándola respetuosamente la mano para que subiese y se metiese en él con su hija y camareras, se arrojáron varios hombres á la lanza, disputándose entre sí el honor de conducirla. Llegó á su destino, y al despedirse, el que hacia de gefe en esta ocasion

\*

la dixo: "Señora, esta casa le corresponde á V. A. como á nieta de uno de nuestros Reyes: en ella deberá vivir desde hoy en adelante."

Los crueles y aciagos dias que desde la noche del 13 acivaran por primera vez las satisfacciones que gozaba María Luisa desde que subió al trono su esposo, y la explosion de esta tenebrosa noche, le diéron infaustamente á conocer, que el pueblo, por mas agoviado que se halle, si una vez llega á romper las cadenas que le oprimen, ya no conoce ni aun los horrores de la muerte. Penetrada sin duda de esta verdad, quiso recurrir á los medios de condescendencia y de suavidad que hasta entónces habia desconocido, y que tienen tanto imperio sobre todo corazon español. Para desarmar el furor popular, bien convenida que el blanco de sus iras tenia por objeto á Godoy, persuadió á Cárlos publicase un decreto exônerándole de los empleos de Generalísimo y de Almirante, y que al mismo tiempo declarase, que no era su ánimo abandonar á sus amados vasallos, ni tenian tal objeto las tropas que habian pasado á Aranjuez.

Así lo hizo, pero habia tomado ya demasiado cuerpo el fuego para que se apagase con esta medida, que en otro tiempo, si se hubiese tomado con plena libertad, todo lo hubiera calmado; y aun hubiera llenado de bendiciones á un Soberano, que no se habia hecho muy acreedor á ellas en los 19 años de su infeliz reynado. Nadie puso duda en que el tal decreto, debido á las críticas circunstancias del dia, era obra de la intriga de la Reyna, y que si con sus promesas conseguia tranquilizar la agitacion, no solo olvidaria la oferta, sino que no quedaria satisfecho su corazon, miéntras no labase el agravio hecho á su protegido en la sangre de los que mas habian levantado la voz contra él.

Estos recelos, probablemente no infundados, hacian desear con mas ansia haber á las manos al Ex-almirante, así para vengar á la nacion de los infinitos agravios que le habia hecho, como para ponerla, y ponerse cada uno á

cubierto de sus atentados y de su ferocidad , tanto mas terrible , quanto jamas habia oido sino el seductor language de la lisonja. Lo restante de aquella noche , y todo el dia siguiente , que se contaba el 18 , se pasó en practicar las mas exquisitas diligencias para descubrir el rincon en que podria estar oculto , pero fuéron inútiles.

Quando , perdida toda esperanza de dar con él , habian abandonado todos su busca , inclinándose á creer que acaso se habria salvado con la huida baxo un vestido tosco , lo descubrió la casualidad entre nueve y diez de la mañana del dia 19. Este feliz descubrimiento se cuenta de tres modos , todos verosímiles, todos apoyados, si se ha de dar crédito á los que lo refieren, en testigos de vista , y en deposiciones exéntas de la crítica mas severa , pero que es preciso , en la suposicion de ser verdadero uno de ellos, que sean falsos los otros dos. El primero , y que en los primeros dias gozó la preeminencia de solo , fué que andando un Guardia Walon reconociendo por las guardi-llas y camaranchones si el dia ántes se habia salvado algo del saqueo , salió el miserable Godoy de uno de ellos afligido de la sed , implorando de su humanidad un poco de agua , pero que no contenta con negarle este consuelo aquella alma dura , le habia delatado al pueblo. El segundo , que andando un manchego haciendo igual escrutinio por su casa , habia notado que sonaba á hueco un tabique , y que habiéndolo derribado , le halló metido entre unos rollos de esteras con media libreta en el pecho , y que no siendo dueño de poder contener el primer movimiento de regocijo , empezó á dar voces , á cuya novedad muy pronto acudió un inmenso gentío. El tercero , que estando ya tranquilo el Sitio , asomó la cabeza á una ventana de las guardillas de su casa , y que habiéndolo llegado á divisarle algunas gentes , empezáron á gritar , *allí está , allí está* , á cuyas voces muy pronto se alborotó todo Aranjuez.

Esta notable diferencia en el modo con que se cuenta un hecho principal , que pasó á vista de todo el mundo , y

de que fuéron testigos millares de hombres, muestra con sentimiento aunque palpablemente, la poca confianza que se puede tener en las relaciones históricas. En lo que no hay la menor duda es, en que se habia ocultado en su casa la noche del día 17, de donde no habia salido, y que la casualidad fué quien de un modo ú otro descubrió su paradero. Luego que, á muy pocos minutos, llegó á noticia de la Reyna esta triste noticia, dispuso que Carlos, sin pérdida de momento, enviase á su hijo el Príncipe de Asturias para que salvase la vida á Godoy, que la veia en un riesgo eminente. Con efecto pasó al punto S. A., y con mucha dificultad pudo romper por entre la multitud, que le tenia cercado, y que no hubiera tardado en bañarse en su sangre, si no hubiese gritado el Príncipe, que no le matasen, que convenia viviese para aclarar muchos misterios ocultos. Así que vió Godoy á quien con tanto encarnizamiento habia perseguido desde sus mas tiernos años, se arrojó á sus pies, y habiendo implorado su clemencia, le prometió el generoso Fernando olvidar las injurias personales que le habia hecho, ofreciendo igualmente al público que se le formaria la causa en quanto á los demas delitos y excesos, y que si resultaba reo, seria castigado con arreglo á las leyes. Se dice que en aquella ocasion dió al Príncipe el tratamiento de Magestad, creyendo que los Reyes habian sido sacrificados en el alboroto, pero que desengañado por el heredero del trono de que vivian y reynaban pacíficos y respetados, exclamó con un tono firme, que manifestaba haberse disipado sus temores con tan agradable nueva: *¡Viven los Reyes!*

A muy breve rato, en cumplimiento de las órdenes que la Reyna habia comunicado á su hijo, dió disposiciones éste para que llevasen á Manuel al Quartel de Guardias de Corps; y á fin de evitar cargase mucha gente sobre él, mandó partiesen á un mismo tiempo quatro partidas de algunos pocos soldados de infantería, que habian acudido, y se dirigieron por diversas calles. Los Guardias, noticiosos del descubrimiento que se acababa de ha-

cer, inmediatamente, sin contar con sus gefes mayores, se pusieron á caballo, y se enderezaron derechos á la casa de Godoy, pero ántes de llegar á ella, ya le hallaron cercado de un inmenso pueblo que le venia llenando de improperios y de golpes. Apartaron con bastante trabajo la gente, y habiéndolo metido en medio de dos filas se lo llevaron al cuartel.

Las almas baxas, quando ven por tierra el ídolo ante quien humildemente han doblado la rodilla, no paran hasta tanto que le hacen pedazos. Ningun medio conocen, ó se han de abatir vergonzosamente á la sombra de su presencia, ó le han de insultar con inhumanidad. El orgulloso Almirante, en el círculo de pocas horas, experimentó en sí estos tristes efectos. Quando el Soberano se excedia escandalosamente en prodigarle sus favores, se apresuraban los lisongeros, y el pueblo seguia su exemplo, para tributarle las enhorabuenas mas cordiales solo en la apariencia: en prueba de esta verdad nos remitimos á la entrada casi triunfal que hizo en Madrid quando fué elevado á la dignidad de Almirante. Empezó á desandar la rueda; le niega Carlos sus favores, aunque solo por ceder á la fuerza, al momento le abandonan todos los aduladores, le niegan, se avergüenzan de haberle hablado, y el pueblo quiere bañarse en su sangre. ¡Que metamórfosis tan asombrosa! ¡y que leccion para los poderosos que se creen unas deidades!

Esta reflexion, á que insensiblemente se nos ha escapado la pluma, ha suspendido el hilo de su prision. Volvamos á cogerlo.

Luego que lo vió el pueblo resguardado de su furor, persuadiéndose toscamente, que lo que se intentaba era substraerlo del castigo que justamente merecian sus crímenes, y aun acaso ponerle en libertad, los mas resueltos y ensangretados hicieron todos sus esfuerzos para matarle. Arrastrados los unos de su odio, los otros del espíritu de venganza, se metian por entre los caballos, sin reparar en su propio riesgo, y armados con palos, con chuzos,

y aun con tixeras, no habia hombre que no intentase señalarse con alguna accion, á su parecer gloriosa, pero que en realidad desapruueba la humanidad. Los Guardias hacian todos sus esfuerzos para salvarle, pero á pesar de su vigilancia le llenaron de heridas, y le cargaron de garrotazos. Las mayores que sufrió fué un estacazo cerca de una ceja, y una herida algo penetrante en un muslo, á lo que se dixo, con una aguja de espartero.

Convencida la escolta de que seria imposible librarle de la muerte, caminando á paso regular, le dixéron se asiese á los arzones delanteros de las sillas de los caballos que iban mas inmediatos, y no habiéndose descuidado en tomar su consejo, metieron espuelas, y aun mas que á trote le llevaron en volandas al quartel.

Rendido, cubierto de sudor y sangre, estropeado, luego que se vió dentro de una pieza que estaba llena de basura y paja, se tendió á la larga, porque apenas se podia tener en pie. La sangre le corria en abundancia, y no pudiendo ya hacer uso de sus pañuelos, por estar empapados, se la limpiaba con la mano, hasta que movido de compasion un Guardia, le dió un pañuelo con que limpiarse.

A poco rato se presentáron á las puertas del Quartel los que no pudiendo seguir el trote de los caballos se habian quedado atras. Querian entrar para acabar de consumir sus deseos, pero halláron resistencia. En este intermedio los Reyes, que sabian por momentos la terrible situacion en que se hallaba constituido su favorito, desengañados de que seria imposible arrancarle del furor del pueblo si permaneciése en Aranjuez, resolvieron remitirle á la Rambla de Granada, para cuyo efecto diéron orden de que en posta se pusiese en camino inmediatamente. Se presentó la Silla á las puertas del Quartel entre tres y quatro de la tarde, pero aunque para que no se le impidiese la salida habia publicado el Rey que iba preso, y aun promulgó un decreto en aquella misma mañana, autorizando á su hijo el Príncipe para que le formase causa,



confiscando al mismo tiempo todos sus bienes, los sublevados, desconfiando de la palabra Real, se opusieron resueltamente á su salida, y levantaron la voz pidiendo se le cumpliese la palabra que estaba empeñada.

Sin duda que hubiera vuelto á levantar llamas el fuego no apagado, si se hubiese intentado llevar adelante la resolución del Rey, pero el Príncipe de Asturias, que habia presenciado estas turbulentas escenas, de vuelta á Palacio, aseguró á su padre que era absolutamente imposible arrancarle de manos del pueblo, y que todos á una voz pedían se le formase causa. Fué pues preciso ceder á la fuerza, y dexarle preso con una guardia de la de Corps bastante numerosa, para librarle de todo riesgo.

Afligido en extremo Carlos con este infausto desengaño, que se vió precisado á llevarle su hijo, y casi transtornada Luisa al choque de todas las pasiones que agitaban violentamente su alma, se entregaron ámbos al dolor, y á pocas horas resolvió el Rey poner en execucion el pensamiento que habia formado hacia casi un mes, de dexar el cetro, y ponerlo en manos del que por su muerte deberia empuñarlo. Se supone que mientras se extendió en debida forma el acto de cesion y renuncia, no seria la Reyna dueña de sí misma, porque si lo hubiese sido, teniendo un imperio tan radicado sobre el corazon de su marido, y no habiendo jamas dado pruebas de que mirase con indiferencia las ventajas que le proporcionaba ser esposa del monarca de las Españas, hubiera puesto en movimiento todos los resortes de su fecundo genio, y los inagotables recursos de su intriga, para hacerle desistir de una resolución que la privaba de un reyno, de que era la usufructuaria exclusiva.

Se extendió por fin entre tres y quatro de la tarde del mismo dia 19 la renuncia del reyno á favor del Príncipe de Asturias, y habiendo firmado Carlos IV. este acto libre y espontáneamente, sin que precediese la menor violencia ni amenaza, su publicacion causó la ma-

yor novedad en el Sitio , porque no habiéndose propuesto persona alguna de las que tomaron parte en aquellos alborotos , derribar al Rey de su trono , sino únicamente impedir su fuga , y quando mas hacer que se castigase al autor de ella , y de la mayor parte de los males que por tantos años habian afligido la Monarquía , no sabian á que poder atribuir esta inopinada novedad.

No pudiendo ser atacada la abdicacion de Cárlos baxo ningun pretexto ni vicio que la hiciese nula , las plumas vendidas á las ambiciosas ideas de Bonaparte , asentaron despues en varios folletos y diarios como un hecho indisputable , que el temor de ser víctimas del pueblo los Reyes , cuyas cabezas se pedian en aquel dia , le obligó á elegir este medio para salvarlas ; pero ¿podrá darse cosa mas agena de verdad ? ¿Hubo acaso una persona tan sola que fuese osada á prorrumpir en tal expresion ? Tan distante estuvo de esto aun la lengua ménos moderada , que animados todos de los mismos sentimientos , repetian unos y otros á competencia , *viva el Rey y muera Godoy*. La Reyna para nada fué nombrada: amaba demasiado el pueblo á su perseguido hijo , para que no sacrificase en su obsequio todo resentimiento justo ó injusto , grande ó pequeño , público ó secreto que tuviese de su madre.

### CAPITULO III.

#### *Sucesos de Madrid desde el dia 19.*

Miéntas el Sitio hacia ya al pie de una semana que se hallaba en la agitacion mas violenta , disfrutaba Madrid una tranquilidad envidiable ; y aunque no se dexaba de saber lo que por allá pasaba , cada uno se limitaba á discurrir con sus confidentes sobre la crisis en que se veia la monarquía. Vivia el Juez del silencio , título bastante expresivo que le habia dado una Manola á Godoy , y temiendo todavía los irresistibles efectos de

su prepotencia, nadie se atrevia á discurrir fuera de las paredes de su casa sobre los acontecimientos de Aranjuez.

La mañana del mismo dia 19 rasgó enteramente el velo, y puso en libertad las lenguas. El haberse quitado de las puertas del Almirante, y de la nueva plaza de su título, las garitas chinescas que habia colocado desde que se mudó al Barquillo, y el haberse puesto el escudo de armas reales en uno de sus balcones, fué una señal nada equívoca de que habian caducado los honores militares que se le rendian á su dueño, y de que sus bienes habian sido confiscados.

Esta agradable nueva voló de boca en boca, y en pocas horas se divulgó por todo Madrid. Lo extraordinario del suceso cubrió de gente aquella tarde la calle del Barquillo, la nueva plaza y sus inmediaciones. Entre el inmenso concurso que no hacia sino recorrer con la vista lo que apénas se atrevia á creer, no faltó quien fixase los ojos con desprecio en el azulejo que pocos dias ántes se habia puesto con el rotulo *plaza del Almirante, año de 1808*: y habiéndosele ocurrido arrancarlo, intentó en el momento poner en execucion su pensamiento. Un rayo no parte con mas velocidad que aquella con la que marchó él y algunos que se le agregaron, á buscar escalera y herramientas propias para conseguir sus ideas.

Aun no bien estaba en el suelo el azulejo, quando lo ataron á un cordel, y llevándolo arrastrando en triunfo, se dirigieron por el prado abaxo, enderezaron por la carrera de San Gerónimo hasta la Puerta del Sol, y volviendo por el mismo camino, lo tragéron al sumidero de la calle de Alcalá, donde le diéron sepultura.

Esta ridícula y pueril escena fué llamando por todas partes la atencion de las gentes; y concluido aquel objeto de diversion era preciso substituir otro. El pueblo, que desde entónces habia ya empezado á gustar el placer de mandar sin dependencia, halló otro nuevo objeto de diversion en la cadena que Don Diego, herma-

\*

no del Almirante , tenia colgada á la puerta de su casa. Aquí fué donde el motin tomó en pocos instantes el vuelo mas rápido. Aun no bien habian acabado unos de hechar por tierra aquel signo de haber honrado el Rey con su presencia tan infame casa , quando empezáron otros á disparar una nube de piedras sobre todos los cristales de los balcones y miradores.

En poco tiempo concluyéron su obra , pero ya no era fácil dexarla en tal estado. La noche se iba aproximando , y alentando la obscuridad á los amotinados, entráron en la casa , franqueáron con hachas los balcones , y empezáron á echar por ellos quantas preciosidades llegaba á descubrir su solícita diligencia. Se hizo un monton de todo en medio de la calle , y se le dió fuego. Nada perdonáron las llamas : la claridad que despedian , iluminaba todo el barrio , y servia de antorcha para que no se pudiese escapar la menor cosa de su voracidad. Pereciéron todos los muebles , todas las provisiones. Los coches , las berlinas , el alimento de mulas y caballos formó parte de la hoguera. Aun estos mismos irracionales hubieran sido reducidos á ceniza , si se hubiese escuchado la voz de algunos corazones duros ; pero otras almas tiernas y compasivas decretáron su absolucion , y fuéron conducidos á la veterinaria.

¡ Quán activos, laboriosos é intrépidos no son los hombres quando hallan diversion , ó utilidad en el trabajo! Aun no bien habian dado fin á la penosa tarea que se habian impuesto de transportarlo todo á la hoguera, quando desde aquel punto de reunion se empezáron á esparcir por todo Madrid numerosas quadrillas. Unos se dirigieron á casa del ministro Soler , otros á la del Contador Espinosa , otros á la del Conónigo Duro , otros á la de Marquina , otros á la de Branciforte , otros á la de la madre del Almirante , otros á la de los dos hermanos Morenos ; y muy pronto se viéron iluminados todos los barrios con las llamas que levantaban los muebles y efectos de estos particulares , que sacados al medio de

la calle , fuéron quemados á vista de todo el mundo , sin que á nadie le fuese lícito apropiarse la menor cosa : todo debia ser purificado en el fuego.

Confesarémos con ingenuidad , que los solícitos agentes de estos incendios , entre quienes acaso se hallarian personas que no merezcan ser colocadas en la clase del populacho , se dexáron arrastrar demasiado del implacable odio que se habia concitado el Almirante , su familia y sus mas declarados partidarios. No negarémos , que solo un exceso de locura podria disculpar la accion de entregar al fuego unas riquezas que pudieran haber servido de fondo para algunos establecimientos piadosos , y aun para redimir la miseria de muchos de los que tenían complacencia en verlas arder sin fruto ; pero sin erigirnos en apologistas de sus autores , seámos lícito decir , que no les abandonó enteramente la prudencia ni el honor.

Para evitar el incendio de las casas cuya propiedad no correspondia á los que las habitaban , y dexar por este medio arruinados á sus dueños , se tomaron el ímprobo trabajo de sacarlo todo al medio de la calle ; y para que en ningun tiempo publicase la fama que el ansia del pillage habia sido el motivo impulsivo de la sublevacion , prefiriéron gustosos ver arder las mayores preciosidades al remedio de sus necesidades.

Tambien es necesario convenir , en que los incendiarios no procediéron á ciegas , y que los rayos de su furor descargáron sobre personas que no se habian hecho acreedoras á la estimacion pública. Nada se puede decir con unos datos positivos en quanto á Doña Antonia Alvarez , madre de los Godoyes , sobre la que descargó tambien el odio popular : unos la ensalzan , pero otros la acusan de orgullosa y altiva. Sea como fuere , su desgraciada fecundidad nos habia regalado con unos hijos , que si no acabáron de arruinar la monarquía mas opulenta , gracias á que son inagotables sus recursos ; y este fatal presente , aun quando hubiese sido irreprehensible , la hubiera hecho

odiosa en extremo, para que en un día en que mandaba el pueblo la tratase con indulgencia.

La escandalosa conducta del Almirante, como hombre particular, como hombre público, y como árbitro supremo de la voluntad del Rey, es por desgracia bastante notoria, para que nos detengamos en bosquejar un cuadro de los vicios y excesos con que manchó todos los momentos de su larga tiranía. No obstante, á favor de la egida de las armas Reales con que, desde que en Madrid reventó la mina, se escudaron sus casas, se libraron del fuego los inmensos tesoros y preciosidades que encerraban. Vió el pueblo que aquellos bienes estaban confiscados, que ya no correspondían á su opresor, y los miró como sagrados aun en los mayores transportes de su delirio.

Los que encerraba la casa que habitaba su hermano Diego, á quien acababa de hacer Grande de España, Duque de Almodovar del Campo, y Coronel de Guardias Españolas, no fueron escudados, y recayó sobre ellos el formidable anatema. Aun quando Diego no hubiese sido hermano de Manuel; aun quando no hubiese tenido con él la menor relacion, seguramente que no hubiera sido tratado con mas benignidad. Su insolencia, su orgullo, su inhumanidad, su altivez, su lascivia, vicios que reynaban en su corazon como en su propio centro, y que llegaban á hacer menores los de su mismo hermano, hacia ya muchos años que le habian acarreado la exécracion pública.

Aunque no en tanto grado, tambien eran detestados el Marques de Branciforte, Don Eustaquio Moreno, Ex-Gobernador del Consejo de Castilla, Colector de Expólitos y Vacantes, y su hermano el Conde de Fuenteblanca, Asistente que fué de Sevilla, y Gobernador á la sazón del Consejo de Hacienda. El primero, por las concusiones y estafas que exerció siendo Virey de México, de donde arrebató quanto oro y plata se pudo sacar de las entrañas de la tierra. Los otros dos hermanos, por el abuso criminal que hicieron de sus empleos, por su sórdida avaricia,

y por su hipocresía. Además, Branciforte y Don Cándido eran cuñados del Almirante; y si los empleos con que fueron condecorados se los debieron, no á su mérito, pues ninguno tenían los tres, sino á la conexión con el dispensador de las gracias de la monarquía, era también puesto en orden que participasen de sus desgracias así como habían participado de sus felicidades: tuvieron pues que gemir en esta noche de iluminación.

Igual suerte, como hemos apuntado, sufrieron Don Josef Marquina, Corregidor que acababa de ser de Madrid, Don Miguel Cayetano Soler, Secretario del Despacho Universal de Hacienda, Don Manuel Sixto Espinosa, Contador de la Consolidación, y Don Juan Diego Duro. Todos quatro habían descubierto el secreto de hacerse aborrecidos en extremo generalmente. El primero, por sus robos, por su injusticia, por su soberbia, por su insolencia y desenfreno, por su petulancia y desvergüenza con todo el mundo, y principalmente con los miserables, á quienes con el menor motivo exigía crecidas multas, y encerraba en calabozos. El segundo, Soler, por haber desollado al reyno, dexándole reducido á un esqueleto, á trueque de agradar á Godoy, y de conservarse por este vil medio en el ministerio. El tercero, Espinosa, por fomentar estas ideas del Ministro, ideando y proyectando infatigablemente arbitrios onerosos y estrafalarios con que arruinar de un golpe la agricultura, el comercio y la navegación: arbitrios solo propios para sacar de una vez quanto numerario circulaba en el reyno, substituyéndolo con un papel, que proponiéndose él mismo darle estimación, cada dia, por una consecuencia precisa de las violentas medidas que tomaba, era forzoso que cayese en el mayor descrédito: y arbitrios, por último, que si la mano del Todopoderoso no hubiese atajado sus proyectos, hubiera en pocos años acabado de dar al traste con toda la nación, obligando á mendigar su sustento á la clase mas acomodada.

La causa del aborrecimiento que se le tenía al Canó-

nigo Duro ya queda apuntada, y si no respetásemos su caracter, podriamos, como testigo de vista, presentar algunos rasgos que harian ver quan bien sabia desempeñar el cargo que se habia puesto á su cuidado. Sus buenos servicios le facilitaban un acceso libre en casa del Almirante: la Tudó le confiaba sus secretos, y sus niños le miraban como padre.

Otras muchas cosas habia condenadas al fuego, á lo que se aseguró en aquellos dias; y no es de presumir hubiesen sido tratadas con mas miramiento, si la noche y el cansancio lo hubiesen permitido, la de Don Luis Viguri, Intendente que fué de la Habana, socio perpetuo del Almirante, promotor de las ideas sobre la mudanza de dinastía, y cuya muerte trágica á manos del pueblo acredita los buenos deseos que le tenia; ni la de Don Pedro Estala, ni la del Tesorero Noriega, depositario de la confianza y de los intereses de Godoy, que de la clase mas ínfima le habia elevado á la mayor altura, para disponer con absoluta libertad de los fondos de la tesorería general; ni la del Patriarca, partidario acérrimo y distinguido del mismo personage. Estos dos últimos, previendo el golpe que les amenazaba, lo pudieron mañosamente evitar, con un rótulo que pusieron á la puerta de su casa, que expresaba corresponder al Rey todo lo que habia dentro.

Al mismo tiempo que numerosas quadrillas trabajaban con tanto afan en formar hogueras de los muebles y efectos que encerraban estas casas anatematizadas, se esparcieron otras por todo Madrid á recoger quantas hachas de viento se hallaban en las tiendas de aceyte y vinagre. No será exágeracion aunque asentemos, que su solícita diligencia les pudo proporcionar de diez á doce mil, las que se repartieron pacífica y escrupulosamente entre todos, con arreglo al número de personas de que se componia cada quadrilla.

Las hogueras que se habian levantado en tantos puntos, y la claridad que despedia un número tan considera-



ble de hachas, formaba una vistosa iluminacion por todas partes. Para hacer mas suntuosa la funcion que se consagraba á la caida del coloso que habia oprimido con su peso toda la monarquía, se destacaron varias quadrillas á los quarteles y piquetes; y no pudiendo resistir á la fuerza los que estaban de guardia, ni teniendo orden de sus gefes para oponerse á las tentativas del pueblo, dexaron sacar las caxas y clarines, y aun permitiéron á algunos tambores y trompetas les acompañasen y obedeciesen. La música completa de un Regimiento, con varios soldados para su escolta, se vió precisada á estar á las órdenes de la quadrilla mas numerosa.

El desagradable eco de estos instrumentos bélicos, poco armoniosos, principalmente quando no caen baxo una mano diestra, la gritería y confusion de un inmenso pueblo, que á manera de exâlacion discurría por todas las calles con hachas encendidas, que renovaban siempre que era preciso, tirando al ayre los cabos encendidos de las que estaban al rematar; y el mismo horror que traen consigo las tinieblas de la noche, hacia temer las conseqüencias mas funestas á los que no se habian atrevido á salir del cascáron de su quarto; y todos sus deseos estaban cifrados en que asomase la aurora, para que con sus alegres rayos disipase la tempestad.

Amaneció por fin, sin que ningun accidente funesto, sin que la menor desgracia, sin que la gota mas mínima de sangre humana diese motivo á la compasion, ni hiciese verter lágrimas á los corazones sensibles; por el contrario, algunos quadros grotescos que ofrecian las calles, de hombres que, bebiendo indistintamente de todos los licores que se les presentaban, habian perdido su juicio, excitaban la risa, y recordaban las orgias de la antigua Grecia.

En la mañana de este mismo dia 20, se juntó Consejo pleno para tratar de la abdicacion de Cárlos IV en su hijo primogénito, y habiendo reconocido este Supremo Tribunal la validacion del acto de renuncia, y de consiguien-

te por legítimo Soberano de España é Indias á Fernando el VII, pasó los oficios correspondientes á todo el reyno. El Capitan General de Castilla la nueva, Don Francisco Xavier de Negrete, luego que recibió el pliego, sacó al balcon el retrato del nuevo monarca, y estimulando los aplausos del pueblo, porque su alma aun no estaba contagiada, muy pronto se llenó el ayre de vivas. Hasta este momento nadie en Madrid habia sido osado victoriar á Fernando; y aunque apénas habia hombre de razon que no desease este feliz dia, mirándolo como un término de tantos males como habia hecho sufrir su padre á la monarquía, todos le respetaron como Soberano, y siguiendo el exemplo que habia dado Aranjuez, repetian unos y otros á porfia, *Viva el Rey, y muera Godoy.*

Esta feliz y suspirada novedad llenó de placer á todo el mundo, y para manifestar su regocijo, los que estaban en la calle de Alcalá, hicieron varias descargas al ayre, que atemorizaron en extremo á los que ignorando la causa, la atribuian á algun rompimiento entre la tropa y el paisanage.

Concluida la salva, se empezaron á formar nuevas cuadrillas, y á esparcirse por todas partes. Unas, declarando la guerra á los retratos y bustos de Godoy, opresor del nuevo Rey, se dirigieron á donde les recordaba la memoria haberlos visto; y sin respetar el mérito del pincel, ó de la mano, lo trataban con la mayor ignominia. El que ocupaba un lugar preferente en la Iglesia de San Juan de Dios, y que le habia consagrado la adulacion de su general, dando á su original el ridículo título de Confundador del Orden, fué tratado con todo escarnio, sin que le valiese el sagrado.

Otras, contando demasiado con sus fuerzas y con sus deseos, se propusieron ir á Aranjuez, para traer á la capital en medio de aclamaciones al jóven Monarca; pero rendidos de la fatiga que habian tenido toda la noche, y de lo impracticable que por los muchos lodos se habia puesto el camino, se vieron precisados á desistir de su

pensamiento, y volverse á sus casas á tomar algun descanso.

Otras, despues de haber podido adquirir á fuerza de indagaciones un pequeño retrato de Fernando, enderezáron á un quartel, y habiendo sacado las banderas del Regimiento, marcháron procesionalmente al Santuario de Atocha, y pasando á la celda del Prelado, le obligáron á que diese órden para que baxase toda la comunidad á cantar la Salve. Con efecto, baxáron todos los Religiosos, y no solo se entonó esta oracion, sino que tambien se cantó la Letanía de Nuestra Señora, con mas devocion de la que se podia esperar de unas personas bastante superficiales en la religion, y que no conocian á fondo, ó manifestaban no respetar las obligaciones que impone el cristianismo. Lo gracioso fué, que miéntras la mayor parte de esta quadrilla estaba desempeñando este acto religioso, el resto de ella se enderezó al Refectorio, y sacando de la cocina la pitanza que tenia la comunidad para el medio dia, muy luego la dexáron sin comida.

Otras, en fin, con las palmas que hacian echar de los balcones, andaban vagueando libremente por las calles, alborotando al vecindario, comiendo y bebiendo á expensas de los fondistas, hostereros, taberneros, comerciantes de vinos generosos; y para justificar sus extorsiones, imploraban á cada instante el nombre del Rey, detestando al mismo tiempo la memoria de Godoy, ó del *Choricero*, que era la expresion del dia; como si el amor al Soberano, ó el odio á su opresor pudiese servir de escudo para autorizar tales excesos.

Los presos de las cárceles, á cuyos oidos habia ya llegado la noche ántes la insurreccion del pueblo, viendo con gusto que iba en aumento, se propusiéron aprovechar de tan favorable coyuntura para recobrar su libertad. La vigilancia de la justicia, auxiliada de alguna tropa, pudo felizmente contener su tentativa, y librarnos de unos hombres, que si hubiesen conseguido sus ideas, acaso léjos de haberles servido de escarmiento su prision, se hubieran

\*

entregado de nuevo, y aun con mas desenfreno á todo género de crímenes.

Los presidarios, las reclusas en la galera, y los pobres del Hospicio fuéron mas felices: Forzaron las puertas, y consiguieron su evasion, sin que nadie se les opusiese. Hasta entónces aun la clase mas ínfima habia guardado cierta moderacion que no dexaba de causar extrañeza, pero luego que se desatáron estas furias, formaron pandilla con otros hombres que deberian estar igualmente encerrados; y proponiéndose sacar partido de la confusion, empezaron á cometer algunas raterías. La noche, capa de pícaros, dió mas buelo á sus excesos, y algunas casas de trato viéron con dolor volar sus géneros. La mayor tempestad descargó sobre las fondas, hosterías, cafes, tiendas de vinos generosos y roperías. Comieron y bebiéron potentemente, y los vapores del vino y licores atajó mucha parte de sus siniestros proyectos.

Querer bosquejar los quadros originales y burlescos que ofrecieron estas dos noches, las escenas cómicas de que fuéron testigos varias calles y callejuelas, y transmitir los dichos agudos y sentenciosos que se dexaron escapar los manolos y manolas, seria obra demasiado prolija. Pasemos á cosas mas serias; pero ántes, para dar á cada cosa el lugar que le corresponde, digamos, que poco satisfechos algunos con las preciosidades que habian entregado á las llamas, hicieron otro tanto la mañana del dia 21 con las que encerraba la casa de la Marquesa de Mejorada, cuya amistad habia freqüentado Godoy desde que tenia la bandolera de Guardia de Corps, y por cuyo influxo llegó á ser Arzobispo, Inquisidor General, Patriarca de las Indias, y su principal confidente el Señor Arce.

Al punto que subió al trono Fernando, mandó despachar posta al Duque del Infantado, que estaba desterrado en Ecija, con el nombramiento de Presidente de Castilla, y Capitan de las Guardias Españolas; y para darle aun mayores pruebas de su aprecio y estimacion,

quiso se fixase un edicto que expresase esta soberana resolución. Se fixó en las esquinas acostumbradas este Real Decreto la tarde del día 20, y nadie hubo que no aplaudiese la elección, y que no formase las ideas mas lisongeras de la gratitud del nuevo Soberano, al ver que en unos momentos tan ocupados no se olvidaba de llamar por el mismo Decreto á todos los que habian sido confinados por la causa del Escorial. Con facilidad se discurre que no se olvidaria de su querido Maestro el Señor Escoizquiz, quien, á pesar de haber sido declarado inocente, estaba recluso en un Monasterio de Gerónimos: con efecto, envió á buscarle para que á su lado ocupase un lugar distinguido.

Así que se hizo pública en Madrid la abdicacion del Rey á favor de su hijo primogénito, se apoderó de todos los corazones un vivo deseo de ver dentro de los muros de la capital al que dignamente le habia sucedido. Se empezó á esparcir la falsa voz de que venia aquella tarde, con cuyo motivo se cubrió muy luego de un inmenso gentío toda la carrera hasta mas allá del Puente de Toledo. Los que habian salido á esperarle fuera de las puertas, viendo que la noche se iba aproximando, y que ninguno de los muchos que venian en posta del Sitio deponia de su salida, empezáron á desconfiar de una promesa con que solo podian reconvenir á la acalorada imaginacion de sus autores, y á su facilidad en creerla sin ningun apoyo. Con todo, se obstináron mas y mas en que debia venir, y para conseguirlo, como si esto fuese una cosa facil, hiciéron retroceder á algunos Grandes que se restituian á su casa desde Aranjuez.

La noche les hizo perder absolutamente las esperanzas; y las personas de mal vivir, que siempre sacan partido de estos alborotos populares, se empezáron á entregar desenfrenadamente al pillage. Como el mayor concurso inundaba la calle de Toledo, en ella y sus inmediaciones descargó el golpe de la nube. Es preciso confesar con vergüenza, que si en el desorden de la primera noche

procedieron todos con el mayor desinterés, muchos de los que en la segunda anduvieron discurriendo por las calles, procuraban solo enriquecerse; y aunque no llegó á suceder robo de fundamento, ni la menor efusion de sangre, se debió á la influencia de la parte mas sana, de los que sin mas objeto que regocijarse no se habian retirado á sus casas.

Agradecido el nuevo Soberano á los deseos que habia manifestado el pueblo de Madrid, de que viniese á honrar la capital con su presencia, y para darle un testimonio de benevolencia, resolvió su viage, ó translacion, para el dia 24 del mismo, mandando se fixase por carteles un aviso tan agradable. Se fixaron en la mañana del dia 21, expresándose en ellos que traería en su compañía á su tío el Infante Don Antonio, á sus hermanos y sobrinos, pero baxo la condicion de que ántes manifestase el pueblo tranquilidad y sosiego, como lo esperaba de su fidelidad.

Esta condicion acabó de calmar aun aquellos ánimos mas revoltosos, y ménos dispuestos á la debida obediencia. Se disiparon como un vapor todas las quadrillas, y retirándose cada uno á su casa, dió una prueba brillante del amor y respeto que gustoso tributaba al nuevo Monarca. Así se deshizo felizmente hasta la mas pequeña nube de este motin, que tenia empañada la atmósfera de Madrid, y que acaso hubiera tenido fatales conseqüencias, si prevaleciendo el dictámen de los que todo lo quieren llevar á sangre y fuego, se hubiese tentado disiparla á cañonazos y fusilazos.

## CAPITULO IV.

*Entrada del ejército frances en Madrid. Recibimiento que esta fiel Villa hizo á Fernando VII, y otros sucesos hasta su infausta salida de la Corte.*

Las tropas francesas, que hacia tanto tiempo estaban en Castilla, luego que supieron por los repetidos extraordinarios que despachaba el Embaxador de su nacion, las ocurrencias de Aranjuez, se fuéron aproximando á marchas forzadas á la Corte. La mayor parte del ejército, comandado por el Gran Duque de Berg, cuñado del Emperador, entró en ella la tarde del dia 23: otras divisiones se quedáron en las cercanías para ir entrando sucesivamente, y quando fuese necesario.

Aunque el tiempo estaba frio, y metido en agua, fué inmenso el gentío que salió á ver la entrada de estas tropas; y persuadiéndose muchos incautamente, en vista de sus engañosas palabras, y de una alianza tan sagrada, que venian á favor de España, llenáron el ayre de vivas, con especialidad quando pasaba el Gran Duque. Se fué en derechura á alojar al Buen Retiro, á la casa destinada para los Intendentes, que siempre habia ocupado la Tudó hasta su fuga; pero al dia siguiente, pretextando ser pequeña y sombría, mudó su habitacion á la que acababa de dexar, y tenia magníficamente adornada el Príncipe de la Paz en Doña María de Aragon. Esta mudanza no dexó de interpretarse siniestramente: y el tiempo aclaró muy luego, que el público suele acertar mas de lo que se piensa en sus pronósticos. Con efecto, la mayor parte de la preciosa coleccion de pinturas que adornaban su galería, fuéron encaxonadas y remitidas á Francia. Igual suerte probáron otras preciosidades: y es de suponer que no dexarian de ser reconocidos con bastante escrupulosidad los sótanos, aunque ignoramos si descubrió ó no los

muchos millones que acaso equivocadamente creía sepultados en ellos la opinion pública.

El ejército que , rendido , estropeado y exánime , entró en aquella tarde , se compondria de mas de diez y ocho mil hombres. Los Oficiales , que inmediatamente , y con todo cuidado se empezáron á esparcir por los cafes , aumentaban su número , y publicaban que con las tropas que habia en las cercanías pasarian de cien mil combatientes , y que quedaban atras otros cincuenta mil. Con todo , á pesar de las realidades que se presenciaban con la vista , y de las exâgeraciones que se oian , y que no se tenian por fábula , nadie , como si todos estuviesen alestargados , suponía intenciones siniestras en Bonaparte. Si alguno , mirando las cosas á la luz de la recta razon , manifestaba sus temores , era tratado de melancólico y visionario , y apénas se dignaban escuchar sus razones. Si oponia la sorpresa con que se habian apoderado en Cataluña y Guipuzcoa de nuestras fortalezas , afirmaban con valentía , que solo era para asegurar la retirada , caso de que por nuestra parte se quisiese proceder de mala fe. Si alegaba en comprobacion de sus temores las vexaciones que estos buenos aliados habian hecho sufrir á los pueblos del tránsito , ó las disculpaban , atribuyéndolas á la licencia que se toma la tropa , ó negaban los hechos. Siempre sus muchos panegiristas hallaban salida para justificar ó cohonestar una conducta , solo equívoca para los que se detienen en la superficie de las cosas , sin querer hacer uso de la crítica , pero muy pronto quedáron convencidos por desgracia , que sus alegres pronósticos habian sido muy infundados.

Aunque con pasos demasiado lentos , llegó el suspirado dia 24 , y á las diez de la mañana , en compañía de su tio , hermanos y sobrinos , sin aparato ni ostentacion , entró Fernando VII en la capital de su Imperio. El inmenso concurso que por todas las calles le salia al encuentro , llenaba de júbilo el corazon , y los repetidos vivas con que todos á competencia procuraban manifestarle su



tierno amor, bañaban de lágrimas los ojos. El paseo de las delicias, todo el prado, la hermosa calle de Alcalá, la plazuela de Palacio, todas las calles estaban intransitables: apenas se podía romper por ellas; y si el tributo de una buena voluntad es el mas lisongero que se le puede rendir á un Soberano que solo quiere reynar como padre de su pueblo, podrá lisongearse este desgraciado Príncipe, de que á ninguno de sus mas ilustres progenitores se le pagó con tanta prodigalidad. Poco satisfechos los corazones con haberle aplaudido por la larga carrera, quisiéron de nuevo tributarle este homenaje despues de haber llegado á su habitacion. Salió al balcon, y llenándose el ayre de aclamaciones, de sombreros y de pañuelos, se mostró sensible, dando gracias con significativos ademanes por los sencillos pero enérgicos obsequios que le rendia su fiel capital.

¿Qual seria la causa para que todos á competencia tributasen á su nuevo Soberano unos obsequios tan puros y sencillos? ¿Seria la adulacion? No; los pueblos sublevados, en los momentos fatales de su delirio, se dexan arrastrar del odio, del furor, de la venganza, de otros excesos que afligen la humanidad; pero el vergonzoso y vil recurso de la lisonja, es el patrimonio de los cortesanos ambiciosos, que fingiendo sentimientos que no tienen, procuran, Para conseguir sus interesados fines, deslumbrar con hipócritas apariencias. Carlos hizo sentir en todos los momentos de su reynado el peso de un yugo demasiado insoportable: su digna esposa ostentaba su gran influxo y poder en abatir á los españoles; y el inepto favorito parece solo vivia para sepultar en la miseria á toda la nacion, y para cubrir de oprobio al hombre de tesson que no le doblaba la rodilla, ó que no queria hacerse cómplice en sus crímenes. La subida al trono de Fernando presentaba un nuevo orden de cosas: quitaba á la nacion tan pesado yugo; sus buenas qualidades ofrecian la perspectiva de un reynado mas feliz; su mismo nombre hablaba á su favor, y recordaba los venturosos reynados de los Fer-

nandos en España. Por otra parte, veía el pueblo al heredero del trono libre de las asechanzas de sus crueles opresores, quienes no contentos con los continuos arrestos que le hicieron sufrir, acaso hubieran consumado el mayor de los atentados en su persona: veía triunfante la inocencia; descubierta la iniquidad de sus calumniadores; premiado el mérito; castigada la maldad: veía libres de las cadenas á los españoles honrados que gemían en ellas sin mas delito que su zelo por la patria; y sepultados en calabozos á los causantes de tantos males como inundaban la monarquía, y á muchos de los partidarios del árbitro de la voluntad del Soberano, ¡que mucho pues, que en unos momentos tan dichosos todos á competencia aplaudiesen á este desgraciado Príncipe! He aquí la verdadera causa de la alegría y del regocijo popular.

Las novedades se sucedían en estos dias con tanta rapidez, que apenas dexaban la menor intermision para hablar, ni ménos para reflexionar sobre unos acontecimientos tan grandes. Los carteles que se fixaban en las esquinas ofrecían abundantes materiales para la conversacion, y el que apareció en la tarde de este mismo dia, tuvo suspensa la atencion pública. En él participaba el gobierno, que dentro de dos dias y medio ó tres llegaría á Madrid el Emperador de los Franceses, mandando al mismo tiempo, que para el recibimiento de tan augusto personage se preparasen algunas funciones públicas. El tiempo era bastante limitado para poderse tomar estas disposiciones; y no sabemos, ó á lo ménos no se dixo que ningun cuerpo, asociacion ó particular se distinguiese ó singularizase. Lo único que se hizo fué adornar la casa de Correos con las colgaduras que habian servido para las funciones de la boda del Príncipe de Asturias, habilitar la plaza de los Toros, y preparar un alojamiento suntuoso en la habitacion principal de Palacio para el augusto huesped y personages de su comitiva.

No habiéndose verificado la llegada del Emperador en el plazo asignado, se tuvo por indubitable que en la

mañana del 28 se realizaría la oferta. Era Domingo, y toda la población, desembarazada de sus trabajos y faenas, se puso en la calle. Unos, persuadiéndose que venia por la calle de Fuencarral se dirigian á ella; pero desengañados muy pronto, iban corriendo á la de Alcalá: otros aseguraban que estaba para entrar, ó que ya habia entrado por la opuesta, y no sabian adonde dirigirse. Un inmenso gentío corria por las calles, hasta que cansados y molidos se retiraron á sus casas á la hora de comer.

Sin duda que se pasaria algun oficio á la Direccion de Correos para que se quitase el cortinaje; lo cierto es, que á las tres de la tarde del mismo dia ya estaban desnudos los balcones, y comunicándose de unos en otros la novedad, se empezó á dudar de la venida en aquella tarde del personage para cuyo recibimiento se habian colgado; pero nadie se atrevia á poner dificultad en que se realizaría la oferta, pues no era de suponer que sin unos datos positivos, asegurados de oficio por el Príncipe Murat, conviniese nuestro gobierno en fixar tal anuncio. El público vivió en el error algunos dias, hasta que el 6 de Abril se supo por cartas particulares de París, que el Emperador no habia salido para España ni para parte alguna.

Aunque este desengaño podria muy bien haber abierto los ojos para desconfiar absolutamente de las palabras de un hombre que tan á cara descubierta, y á la faz de toda la nacion faltaba á ella, y se burlaba de su credulidad, con todo, por un exceso de buena fe, los confidentes del jóven Monarca no acabaron de desengañarse, y le persuadiéron á que comisionase personas de alto carácter para que acompañasen al Emperador por España. Con efecto, salieron á este fin tres Grandes de España de los de primer orden, y no habiéndolo hallado en el camino, siguiéron su ruta hasta Bayona.

Ninguna cosa turbaba en estos dias, serenos en la apariencia, el regocijo á que con tanta anticipacion se habia entregado Madrid. Poseía dentro de sus muros á su

\*



idolatrado Soberano: le veia diariamente sin aparato, ni ostentacion, sino como un padre en medio de su familia, reconociendo quanto puede excitar la curiosidad de un buen Rey, y que no le habia permitido visitar ántes la opresion en que siempre habia vivido: le contemplaba con gozo en el despacho, promulgando decretos para la felicidad de la monarquía: todo era satisfaccion y contento; pero aun no se habia pasado una semana, quando su regreso al Sitio, en donde se mantenian los Reyes padres, interrumpió en algun modo este apreciable estado de tranquilidad.

Este viage inesperado y repentino alarmó á todos, y aunque prometió al tiempo de marchar volver en el mismo dia, no hallaron sosiego los corazones, hasta que le vieron dentro de Palacio con las mismas personas Reales que habia salido por la mañana. El objeto de esta ida á Aranjuez se interpretó con harta variacion, pero lá mayor parte de las congeturas salieron vanas, y muy pronto llegó á penetrarse el misterio. Advertido Fernando de que su padre, importunado por los que tenian interes en que volviese á reynar, se habia prestado á sus deseos, fué á poner á sus pies la corona que voluntariamente acababa de cederle. Las instancias del buen hijo para que se dignase aceptarla, parece le hacian acreedor á que le hablase con franqueza, pero no solo le ocultó la protexta que habia firmado el dia 21 del mismo mes de Marzo contra la abdicacion expontánea hecha dos dias ántes, y la carta que dirigió á Bonaparte implorando su auxilio, sino que se asegura haber contestado á sus reiteradas súplicas, que tan léjos estaba de hallarse arrepentido por habérsela cedido, que solo sentia no haber puesto ántes en execucion esta meditada resolucion.

Satisfecho con estas seguridades, de que ni aun le era lícito dudar, y engañado por Murat con la falsa noticia de que si Napoleon no pisaba ya territorio español, tardaria pocos dias en pisarlo, solo se ocupó el incauto jóven en seguir con los preparativos de las funciones que

disponia al recibimiento del que creia su fiel aliado. Para darle aun mayores pruebas de su fina amistad, y del aprecio que hacia de ella, dispuso que su tierno hermano el Infante Don Carlos saliese á recibirle, con órdenes precisas de que siguiese hasta el parage en que le hallase, pues daba por asentado que ántes de llegar á Burgos, ó quando mas en Vitoria, tendria la satisfaccion de estrecharle entre sus brazos.

No ignoraba Murat que su cuñado estaba muy distante de Bayona, y que en todo pensaba sino en venir á España, pero era preciso seguir adelante con la ilusion. Para que no decayese, y se empezase á pensar desde luego en algunos medios de defensa, cada dia presentaba nuevos motivos de la retardacion de su llegada: con sus palabras conseguia calmar y adormecer al ministerio; pero el pueblo, mas ilustrado, escuchando los impulsos de su corazon, sospechaba algun latente engaño de estas inconseqüencias, y presagiaba mal de los subterfugios con que habia retardado y retardaba Napoleon el reconocimiento de nuestro Soberano.

En este mismo tiempo llegó el General frances Sabary, enviado extraordinario del Emperador de los franceses. El objeto de su mision, y la entrada que con alguna especie de ceremonia hizo en Palacio, se interpretó favorablemente, y aun se llegó á asentar como un hecho que no admitia disputa, que habia venido autorizado con las correspondientes credenciales para, en nombre de su Amo, prestar á Fernando VII este suspirado reconocimiento. La noticia era deseada y lisongera; así el miserable que francamente manifestaba alguna dificultad en darle crédito, era tratado de incrédulo y extravagante; pero pocos dias bastaron para salir de la duda, y para quedar convencidos, que la venida de este hombre pérfido, insolente, astuto y falaz tenia fines muy diversos.

Antes de pasar adelante, nos parece aquí el lugar mas propio para aclarar, y desenvolver las ideas obscuras y tenebrosas de Bonaparte, que por desgracia se han evi-

denciado demasiado con su conducta posterior : conducta que no puede menos de alarmar á todos los Soberanos de Europa, y que es preciso le arroje ignominiosamente del mismo trono que ha usurpado á una nacion que, alucinada con sus ponderadas y cacareadas victorias, la ha sepultado en los males mas horrorosos, por no consultar otro interes que el de su desmesurada ambicion, y el engrandecimiento de su familia.

Este hombre sanguinario, este nuevo Atila, desde que á fuerza de sangre humana, y trepando sobre conscripciones enteras de cadáveres, consiguió apoderarse de las baterías de Jena, se propuso pisar la cerviz de todos los Soberanos del Norte. Halló un obstáculo insuperable en las superiores fuerzas del Emperador de las Rusias, y conociendo aunque tarde, que su obstinacion solo podia servir para sepultar entre los hielos y breñas de aquel vasto imperio toda la generacion francesa, desistió de su atrevido pensamiento, y pudo negociar una paz, con la que salvó las reliquias de su ejército.

Restituido á París, despues de haber abandonado al furor de sus crueles opresores á los desgraciados Polacos, á quienes habia sublevado baxo la palabra de darles un Rey independiente, concibió el atrevido y temerario pensamiento de arrojar del trono que habian heredado de sus mayores, y en que descansaban tranquilos, á todos los Borbones, y apropiarse sus estados, como ya se habia apropiado el reyno de Nápoles, baxo el frívolo pretexto de que sus puertos estaban abiertos á los ingleses.

El primer paso que dió para la extincion de esta dinastía, que tanto atormenta su corazon, porque teme no haga revivir sus imprescriptibles derechos al cetro que tiene usurpado, fué destronar en el congreso de Milan al tierno monarca de los Etruscos, sin guardarle la fe que le habia prometido, sin atender á que era nieto de Carlos IV, su fiel y buen aliado, sin reparar que la misma Francia acababa de fundar este nuevo reyno á favor del

padre de este niño, en cambio del Ducado de Parma, y por los grandes sacrificios que hizo la España; y sin poder alegar el menor pretexto, ni aun la mas mínima apariencia de razon con que cohonestar una injusticia tan descubierta.

Destronado el nieto, ya no se ocupó el usurpador sino en discurrir medios para arrancar el cetro de las débiles manos del abandonado Carlos, su abuelo. Esta empresa no dexaba de presentar dificultades, sin comparacion mucho mas insuperables que la otra; pero la fatal alianza de la España con la Francia, tenia reducida á la primera á un estado de consuncion y aniquilamiento. Por una parte, el horroroso combate de Trafalgar, presentado solo por complacer á Bonaparte, y contra el voto de nuestros mejores generales, nos habia privado de nuestros navíos, y de nuestra respetable y envidiada marina. Por otra, los diez y ocho mil y mas hombres de nuestras mas selectas tropas que nos habia sacado con engaños para conducirlos al sacrificio, nos privó de unas fuerzas que hubieran podido contener y repeler á qualquier injusto agresor; y por otra, los continuos subsidios en dinero con que contribuíamos á la Francia por su fatal alianza, mas que por los tratados de Basilea; la interrupcion absoluta de navegacion con nuestras Américas, de cuyas riquezas nos veíamos privados una porcion de años por su causa, y aun mas que todo las dilapidaciones de Carlos, Luisa, Godoy, y de la numerosa pandilla que servia de instrumento para desollarnos; nos habia privado de todos los recursos á un mismo tiempo, de esquadra, de ejército y de erario.

El descontento general de todo el reyno era tan grande, que casi se llegaba á desear, y aun se hubiera pedido al cielo, si la religion lo permitiese, que la muerte del gefe de la nacion pusiese término á tantos males. Su estado convaletudinario, y los insultos al pecho que estacionalmente le solian atacar desde el año de 1802, prometian mudas muy luego de manos el cetro; y esta remota espe-

ranza , aunque habia salido vana en varios ataques , nos hacia sufrir con alguna resignacion tantos males , de los que ni aun teniamos libertad para lamentarnos : á tal estado habia llegado el despotismo.

Bonaparte , que conocia muy bien el abismo de infelicidades en que nos hallábamnos sumergidos , y en que su fatal alianza nos habia ayudado á caer anticipadamente y de intento , en agradecimiento á los incalculables beneficios que pródigamente habia recibido y estaba recibiendo de España , creyó era llegado el tiempo de poner en ejecución sus vastos planes. Para dar un golpe seguro , le pareció el medio mas acertado apoderarse ante todas cosas del reyno de Portugal. Esta conquista , al paso que servia para ir introduciendo sus exércitos en nuestra península , sin alarmarnos , y abrirse un camino militar , le facilitaba una infinidad de puertos para desembarcar sus tropas , y cogernos entre dos fuegos. Los pretextos de que se sirvió para declarar extinguida la casa de Braganza , ántes de declararle la guerra , y cohonestar su ambicion y su injusticia , fuéron los que habia alegado para usurpar el trono de Nápoles , y los mismos con que tenia alucinado á la mayor parte de los gabinetes del continente ; es decir , con que solo se proponia obligar á la paz á la Gran Bretaña , siendo así que cada paso de quantos habia dado desde que por desgracia volvió del Egipto , se dirigian á perpetuar la guerra , y sepultar en ella á todas las naciones que tenian la dicha de haberse podido conservar neutrales.

Convencido el Príncipe Regente de Portugal de que sería un empeño temerario hacer frente al exército reunido de españoles y franceses , se vió en la dura precision de abandonarlo todo , y embarcarse para el Brasil con la familia Real. Esta fuga hizo al inmoral y avaro Junót dueño de aquel reyno ; y léjos de pensar ya Napoleon en dividirlo en tres partes , y cumplir escrupulosamente el tratado firmado en Fonteneblau á 27 de Octubre de 1807 , solo sirvió para inspirarle el deseo de que Carlos IV y su



familia , siguiendo su exemplo , abandonasen la España , y se embarcasen para las Américas , por cuyo medio conseguia con la misma facilidad apoderarse de los vastos dominios del que llamaba fiel aliado.

Ignoramos los pasos que dió por debaxo de cuerda para conseguir sus ideas ; pero no podemos dudar que la permanencia por tanto tiempo del ejército frances en Castilla , despues de haberse apoderado por sorpresa de nuestras fortalezas en Guipuzcoa , Navarra y Cataluña , y las exâgeraciones de sus generales y oficiales , tenia por objeto intimidar el apocado corazon de Cárlos : con efecto , vimos que así que llegó á España el Príncipe Murat , y se pusieron en movimiento las tropas , aproximándose á la capital , pensó salvarse con la fuga.

Los repentinos é inesperados sucesos de los dias 17 y 19 de Marzo trastornaron todos los concertados planes de Bonaparte ; y viendo con el mayor sentimiento , que el general descontento que hasta entónces habia afligido á los Españoles , no solo habia desaparecido con la voluntaria abdicacion de Cárlos IV , sino que el mas noble entusiasmo se habia apoderado de todos los corazones á favor de su perseguido hijo , tiró diversas líneas , y se propuso arrancar con engaños de su misma capital al idolatrado Fernando , y á toda la familia Real. Es necesario confesar en obsequio de su maquiabelismo , que el pensamiento era bastante delicado para un hombre que no repara en la baxeza é infamia de los medios , con tal que consiga sus iniquos y reprobados fines ; pues quitando el gefe á una nacion , y á quantos puedan servir de objeto para fixar los votos generales , entra muy luego la division , el deseo de mandar en los ambiciosos , y de consiguiendo todos los horrores de la anarquía , y de una guerra civil.

Que un corazon familiarizado con la iniquidad conciba unos pensamientos tan baxos , y tenga el inconcebible descaro de ponerlos en execucion , nada tiene de extraño ; la fealdad de su alma todo lo hace disculpable ;

pero que los depositarios de la confianza de un joven Monarca, que tienen á la vista la perfidia que ha usado Bonaparte con todos los que han caido en la necia indiscrecion de fiarse en sus palabras, y dar crédito á sus alevosas y fementidas promesas, pongan en sus ambiciosas manos la suerte y el destino del Príncipe que dirigen, y del reyno mas grande y apreciado, es uno de los errores mas crasos en política que transmite la historia, y que con dificultad podrá ser creido en los futuros siglos. ¿Ignoraban acaso que este ratero usurpador habia quitado el reyno de Nápoles á su legítimo Soberano, sin detenerle la consideracion de que era hermano de su fiel aliado Carlos? ¿No sabian que el Rey de Etruria, aunque nieto del mismo aliado, acababa de ser destronado por su perfidia, sin preceder la menor hostilidad, y aun habia sido arrojado ignominiosamente del trono, señalándole pocas horas para su salida de Florencia? ¿Se les ocultaba el decreto de extincion que habia fulminado contra la casa de los Braganzas, y de consiguiente contra los nietos de su buen amigo, sin atender á que el Príncipe Regente, solo por complacerle habia ya declarado la guerra á la Gran Bretaña, con gran riesgo de perder el Brasil, y todas sus colonias ultramarinas? ¿No habia llegado á su noticia la infidencia con que, quando solo era general en jefe, habia burlado á los Venecianos las promesas hechas á su sabia república, y á su senado? Las palabras con que seduxo á los Beyes de Egipto, á los judios de aquella parte de Africa, á su compañero el General Kleber, y á todo el ejército que abandonó vergonzosamente en aquellas regiones? ¿El modo indigno con que á su regreso arrojó del directorio á su bien hechor Barrás? ¿La perfidia con que, abusando de la consideracion que habian merecido á la inconstante francia sus victorias, trastornó toda la constitucion que habia jurado solemnemente defender, erigiéndose en Consul, al principio solo por diez años, y muy luego por toda su vida? ¿Los ardides y subterfugios con que pudo conseguir le nombrasen los departamentos por Emperador, encar-

nizándose cruelmente contra los miembros que, fortalecidos de una noble constancia, y usando de la libertad que solo les dexaba en la apariencia, le negaron su voto? ¿Los engaños y seductoras promesas con que sublevó la Polonia, arrancándole sus hijos, para estender sus conquistas á costa de su sangre? ¿La ingratitud con que en la actualidad pagaba los favores que habia recibido de mano del Supremo Pontífice? ¿No les inspiraba alguna sabia desconfianza al formidable ejército que habia introducido en España con unos pretextos tan groseros, que ellos mismos manifestaban su mala fe? Y sobre todo, por último ¿no les abrian los ojos las vexaciones que hacian sufrir estas tropas á todos los pueblos del tránsito, la baxeza con que se habian apoderado de nuestras fortalezas, la insolencia con que empezaban á conducirse en Madrid, y los actos positivos y públicos de desprecio con que Murat y sus groseros generales intentaban humillar á Fernando?

Estos hechos, que nadie ignoraba, seguramente que debieron hacerlos mas circunspectos y desconfiados, pero por una especie de obcecacion, no solo diéron oidos á las rebozadas insinuaciones de Bonaparte, manifestadas por Murat á la Reyna viuda de Etruria, y al traidor Ofarril, sino que se prestáron dóciles á la abierta propuesta de Sabary. La venida de este hombre indigno y despreciable tenia por objeto arrancar por traicion de su misma capital á Fernando; y aunque por un orden regular deberia haber desconfiado del buen éxito de tan descabellada comision, consiguió lo que deseaba.

## CAPITULO V.

### *Viage de Fernando el VII.*

Con efecto salió de Madrid la mañana del Domingo de Ramos, que se contaba 10 de Abril, sin mas acompañamiento ni comitiva que el Duque del Infantado, el de San Carlos, el Señor Ceballos, Ministro de Estado, y el

\*

Señor Escoizquid : los votos y plegarias de los fieles vasallos de su capital acompañaban á este augusto viajante.

Llegó á Burgos, en donde del mismo modo que en todas las poblaciones grandes del tránsito, fué recibido en medio de las mayores aclamaciones, y obsequiado con funciones alegóricas, que aunque con bastante precipitación le pudo preparar la Ciudad.

Bonaparte estaba muchas leguas distante de Bayona; pero nuevamente seducido Fernando por el infame Sabary, asegurándole que podría estar ya muy cerca, cayó en este segundo lazo que le armó la malicia; y al otro día de haber entrado en Burgos, le pudo sacar de su recinto, y aun conducir hasta Vitoria.

Eran ya demasiado groseros los engaños para que se pudiese prometer Sabary que sus palabras y promesas fuesen escuchadas. Hizo algunas gestiones para llevarle adelante, pero siendo desatendidas sus propuestas, pasó á conferenciar con el Emperador sobre el modo de consumir la traicion.

Nuevas seguridades en quanto á la fina amistad de Napoleon; disculpas solapadas sobre la retardacion de su viage á España; y mas que todo la próxima llegada de la Emperatriz á Bayona, trayendo á una sobrina en su compañía, con ideas de estrechar y consolidar la alianza entre las dos grandes naciones, fué el plan de seducción conuinado entre ámbos, para ir llevando con disimulo hasta las garras de la bestia carnicera al cordero que queria degollar.

A los seis dias de haber entrado el Monarca español en Vitoria, salió para Francia; pero los vecinos de esta fiel ciudad, no ya recelosos y desconfiados, sino firmemente persuadidos de las ideas siniestras de Bonaparte, manifestáron al descubierto sus temores, y aun llegó su lealtad hasta el extremo de oponerse resueltamente á su salida, cortando los tirantes del coche. En vano hubiera intentado seguir su viage, sino hubiesen temido desobedecer á quien tanto respetaban y amaban; pero habiendo

do publicado un decreto inmediatamente para que nadie se opusiese á su salida , lo viéron marchar con el mayor dolor , sin que fuesen bastante poderosas para enxugarles sus lágrimas , las seguridades que daba en su soberana resolución , concebida en estos términos.

“El Rey está agradecidísimo al extraordinario afecto de su leal pueblo de esta ciudad y provincia de Alava; pero siente que pase de los límites debidos , y pueda degenerar en falta de respeto , con pretexto de guardarlo y conservarlo : conociendo que este tierno amor á su Real persona , y el consiguiente cuidado , son los móviles que le animan , no puede ménos de desengañar á todos , y á cada uno de sus individuos , de que no tomaria la resolución importante de su viage , sino estuviese bien cierto de la sincera y cordial amistad de su aliado el Emperador de los franceses , y de que tendrá las mas felices consecuencias ; les manda pues que se tranquilicen y esperen , que ántes de quatro ó seis dias darán gracias á Dios y á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquieta.”

Aunque las últimas palabras de este Real decreto parece no permiten poner la menor duda , en quanto á la firme persuasión en que se hallaba Fernando sobre la buena fe con que procedia el que llamaba fiel aliado ; con todo , no podemos persuadirnos descansase tranquilo su corazon en sus lisongeras promesas. Aun ántes de salir de Madrid habia manifestado cierta especie de repugnancia á este fatal viage ; y el acto verdaderamente religioso de dexar á nuestra Señora de Atocha su vanda para que se la conservase en depósito hasta su regreso , es un indicio nada equívoco del violento choque que sufrió su alma al decidirse ; y que si por último cerró los ojos á toda consideracion , fué porque aterrado del ejército que le rodeaba , puso su confianza en el cielo , prometiéndose que le libraria de qualquier lazo que le intentase armar la perfidia.

Si , conoció evidentemente Fernando y sus Consejeros la negra intriga que se le habia tramado , pero venia

tarde el desengaño. El ejército francés que dexaba á la espalda distribuido por los pueblos del tránsito, y los muchos satélites del tirano que le cercaban, apénas le dexaban arbitrio para volver á su capital sin pasar sobre montones de cadáveres: por otra parte, consideraba á su querido hermano el Infante Don Carlos en poder de Napoleon, y cercado de hombres corrompidos, preparados á poner en execucion sus bárbaros decretos, por mas sanguinarios que fuesen. Puesto pues en este duro conflicto, le pareció el medio mas sencillo, y ménos arriesgado de conciliarlo todo ir á Bayona; y para darle un testimonio brillante de la ilimitada confianza que hacia de su amistad, dispuso que en Tolosa quedasen las tropas que hasta aquella villa habian escoltado su Real persona, y presentarse sin la menor seguridad. Creyó que trataba con un Soberano, pero muy pronto, con sentimiento general de toda la nacion, se desengañó de que el cetro imperial estaba deshonorado en manos de un monstruo, tan horrendo, que ni la historia de los mismos tiranos ofrece con quien compararlo.

Nada diremos en quanto á la grosería con que el indecente Emperador recibió en sus usurpados estados á un monarca, que no contento con haberle preparado en su corte las funciones mas brillantes, y tenerle cedida su misma habitacion para su alojamiento, andubo tantas leguas para manifestarle su fina amistad; tampoco nos detendremos en presentar pruebas del modo indecoroso y baxo con que le trató en Bayona: ni nos ocuparemos en referir los escandalosos pasos y apresuradas medidas de que se sirvió para preparar unas abdicaciones violentas y teatrales, que solo, quando mucho, podrian servir para alucinar á las cortes extrangeras por algun tiempo, hasta tanto que la verdad de los hechos disipase las sombras de la mentira. Los memorables sucesos de Bayona, teatro de la mas horrenda iniquidad, son agenos del plan que nos hemos propuesto, y pretender historiarlos, sería hacer un agravio conocido al Manifiesto del Señor Ceballos, en donde se

desenvuelve con la mayor exâctitud, moderacion y elegancia quanto puede interesar á la diplomacia y á la curiosidad mas insaciable. Volvamos pues á lo que es propio de la obligacion que nos hemos impuesto.

## CAPITULO VI.

### *Sucesos de Madrid desde la infausta salida de su Soberano.*

Aun no habia perdido de vista Fernando la fiel capital de su imperio, quando en el mismo dia los Reyes padres, á quienes habia dexado en el sitio de Aranjuez, se trasladaron al de San Lorenzo. Las personas devotas, acostumbradas á espiritualizar todas las cosas, atribuyeron esta traslacion á unos sentimientos de piedad, persuadiéndose, y queriendo persuadir á los demas, que los officios de semana Santa, desempeñados con tanta solemnidad en aquel monasterio, llamaban el espíritu recoleto y compungido de Carlos, para entregarse á la meditacion de las verdades que ofrece la religion en estos santos dias; pero otras mas políticas veian en esta inesperada mudanza de residencia alguna nueva intriga.

Los fundamentos en que apoyaban sus sospechas eran demasiado sólidos para que se pudiesen revatir con suceso. Se sabia que desde la fatal llegada de Murat á la Corte, no habian dexado de ir y venir á Aranjuez sus mas allegados generales y edecanes, siempre á deshoras de la noche. Nadie ignoraba, que dada ya la orden para traer á Godoy á la torre, ó á los calabozos del quartel de Guardias de Corps de Madrid, habia conseguido el mismo Murat tenerlo algunos dias en la villa de Pinto, y trasladarlo luego al castillo de Villaviciosa, baxo el solapado pretexto de que no queria comprometer las tropas de su mando, si por fatalidad se encendia el fuego popular con motivo de la traida de un preso á quien tanto odiaban. Se notaba con disgusto las continuas visitas que á todas horas hacia el mismo Murat á la viuda Reyna de Etruria, al paso que

huía en los paseos públicos de la vista de su augusto hermano, sin duda para no verse comprometido á rendirle sus respetos; y por último, era un hecho bastante público, que Cárlos y Luisa, así que se ausentó de Aranjuez su hijo, no solo habian empezado á servirse de tropa francesa, sino que sus dragones habian sido los que habian escoltado y acompañado á SS. MM. en su viage de un Sitio á otro.

Murat, luego que vió fuera de Madrid á Fernando, y en el Escorial á sus padres, ya no hizo un misterio de la comunicacion y correspondencia que tenia con María Luisa. Iba públicamente á visitarla, y sus confidentes y emisarios, entre quienes se contaban algunos españoles, repetian á menudo estas visitas. La Reyna queria volver á coger las riendas del gobierno; queria tambien destronar á su hijo, pues no podia sin dolor verle sentado en el trono, y para llegar á sus fines prodigaba sus riquezas.

A los cinco dias de haberse transferido al Escorial los Reyes padres, ya se empezó á traslucir que se proponian hacer un viage á Francia. Al principio se graduó esta como una de las muchas novedades engendradas por los ociosos, y que solo pueden servir para ridiculizar las buenas tragaderas del que se muestra dispuesto á creerlas; pero muy en breve ya no quedó el menor lugar á la duda sobre su certeza. Baxáron al Pardo, y en este desamparado Sitio tuviéron largas conferencias con Murat. Es muy regular que gran parte de la sesion tuviese por objeto la libertad de Godoy, cuya prision tanto atormentaba el corazon de sus acérrimos protectores.

Arreglado el viage, despojado el Palacio del Pardo de todas las alhajas que encerraba, y escoltados de tropa francesa, se pusieron en camino el Domingo de Pasqua de Resurreccion, tomando en las cercanías de Madrid el de Somosierra. La salud del Rey iba en tal estado de decadencia, que todos creian que ántes de llegar á Burgos concluiria su carrera. De aquí sin duda se tomó motivo para suponer, que esta arriesgada resolucion era efecto de la necesidad, sin que tuviese mas objeto que tomar



ciertas aguas termales en Francia; pero bien fuesen exâgerados sus males, ó bien hiciesen un efecto favorable en su máquina los diversos ayres del camino, lo cierto es que á marchas regulares llegó á Bayona, sin que sus enfermedades retardasen por un momento las largas jornadas fixadas en su itinerario.

En los primeros dias de ausencia de Fernando, á pesar de estas noticias poco gratas, nada turbaba la tranquilidad de Madrid; y la Junta Suprema, presidida por su querido tio el Infante Don Antonio, que dexó establecida al tiempo de su marcha, para que en su Real nombre gobernase la monarquía hasta tanto que se verificase su regreso á la capital, que segun se daba por asentado seria dentro de muy pocos dias, procuraba mantener por todos los medios la buena inteligencia y armonia entre el vecindario y el ejército frances.

Seguramente que jamas se hubiera turbado esta feliz concordia, y aun hubiera llevado con resignacion el vecindario la pesada carga que experimentaba con el alojamiento y manutencion de tanto número de tropas, si no hubiese tenido los grandes motivos que tenia ya para desconfiar de las intenciones de la Francia. Miéntras se mantuvo en la buena fé, desentendiéndose de las poderosas razones que habia en contrario, de que este formidable ejército venia á redimirnos y protegernos como aliados, la hospitalidad mas officiosa, y la franqueza en el trato acreditaba la buena voluntad que todos los vecinos abrigaban en su seno á favor de estos incómodos extranjeros: pero luego que no pudieron resistirse á las evidencias que iba desenvolviendo cada dia su perfidia, ya se les empezó á mirar con horror, y á desconfiar absolutamente de su decantada amistad y alianza.

Quando salió el jóven Monarca de su capital, todos, como ya dexamos asentado, se persuadiéron que su viaje no tenia mas objeto que abrazar á su buen aliado en el camino, y la mayor parte de las gentes daban por seguro, que si no lo hallaba ántes de llegar á Burgos,

le esperaria por algunos dias en aquella ciudad, y de ningun modo pasaria adelante. Si los madrileños hubiesen llegado á concebir la menor sospecha de que su ánimo era irlo conduciendo poco á poco, y con engaños hasta Bayona para cautivarle, á buen seguro que la sangre española y francesa hubiera corrido en abundancia; los cadáveres de unos y otros hubieran obstruido de tal modo las calles y los caminos que los hubieran puesto intransitables; y los que hubiesen sobrevivido á este catástrofe, no hubieran dexado arrancar á Fernando, ó lo hubieran transportado á parage mas seguro, libre de las bayonetas francesas, y cuyo suelo jamas hubiese sido profanado por estos pérfidos.

El implacable y justo odio con que se les empezaba á mirar, adquirió nueva fuerza luego que se llegó á traslucir que Murat intentaba sacar de la prision á Godoy. Al pronto se creyó, que en la suposicion de ser cierta la noticia, podria muy bien ser este un atentado cometido sin intervencion de Bonaparte; pero la mañana del 22 de Abril rasgó el velo, y el gazetazo exraordinario con que se nos regaló y alborotó la bilis, nos dió á conocer de plano, que el comandante de las tropas francesas en España, no era mas que un ciego agente del despotismo de su cuñado, y que en todo procedia con su orden.

Pretender formar un juicio cierto sobre las ideas y fines que se propuso Napoleon para reclamar y sacar de la prision con órdenes supuestas á un reo de tanta consideracion como Godoy, que habia ofendido á toda la nacion, y esperaba con impaciencia su merecido castigo, hubiera sido un empeño algo arriesgado ántes de los sucesos de Bayona, y quanto se hubiese alegado, no hubiera pasado de la esfera de unas simples congeturas; pero en el dia desapareció el misterio, y á poca que sea la reflexion que se ponga, sino nos engañamos, quedaremos convencidos, de que el astuto Emperador, conociendo muy bien el exceso de pasion con que Carlos y Luisa amaban á su favorito, se propuso, desde que varió sus

planes de usurpacion, sacar partido de estas favorables disposiciones de su corazon, para irlos conduciendo á la ridícula abdicacion del trono, en recompensa de haberle librado del suplicio, de haberle puesto en libertad y haberle restituido sus honores y dignidades, aumentándoselos con el título de Conde de Evora Monte. Todo esto nada le costaba sino una solemne injusticia, pero ¿podria avergonzarse de cometerla un hombre, que por confesion propia se alaba de una política peculiar, que consiste en no tener honor, palabra, ni vergüenza?

A pesar de que estas ideas están bastante claras, y se presentan fácilmente á la imaginacion, vemos que muchos de aquellos mismos, que sin unos datos probables, y aun acaso sin el menor fundamento, asentaban en el mes de Marzo y parte del de Abril, que Godoy habia vendido nuestra esquadra á los ingleses, que tenia pactado con ellos la conduccion de las personas reales al otro continente; que tambien, contradiciéndose visiblemente, nos tenia vendidos á los argelinos, por cabezas, como si fuésemos un rebaño de ovejas; vemos, volvemos á repetir, que aun se obstinan en sostener que los franceses viniéron á España convidados por Godoy; que les entregó las plazas para consumir su traicion, y otras muchas cosas, que por mas que detestemos la memoria de este hombre, ruina principal de la monarquía, somos demasiado amantes de la verdad, para imputarle unos delitos que sin ellos, las leyes, por grande que fuese la indulgencia de los juezes, le conducirian al patíbulo.

Es cierto que por su orden, como árbitro supremo de las fuerzas del reyno, entregáron las plazas los que tenían á su cargo su custodia; pero atribuyase esta vil condescendencia, esta criminal conducta de Godoy, si así se quiere, por una parte, á las seguridades que repetia el Embaxador de Francia en nombre de su Soberano, sobre la sinceridad de sus intenciones; por otra, al terror pánico que le infundian las armas del que creia invencible; y mas que todo, á su absoluta ignorancia en la

\*

ciencia del gobierno y en materias de estado, como que ni él, ni sus principales confidentes habian sido criados para fines tan altos. Tampoco se puede negar, que el prometido reyno de los Algarves, cuya soberanía á su favor y de sus descendientes habia sido estipulada por los tratados de Fointneblau, exígia grandes sacrificios de su parte; pero por mas que nos queramos violentar, no podemos persuadirnos, que por un pequeño rincon de Portugal, que podia y habia de disfrutar sin abandonar el lado de Cárlos, cediese gustoso todo un reyno de España, de que para ser su Soberano solo le faltaba el nombre, y aun acaso rodaria en su cabeza el atrevido proyecto de ponerse la corona, privando de ella al Príncipe jurado y á todos los Borbones, como hay algunos fundamentos para pensarlo. Convengamos pues de buena fé, que Godoy es el causante de casi todos los males que han afligido á España por el largo intervalo de diez y nueve años, y que con sus continuos desaciertos y vexaciones despertó la desenfrenada ambicion de nuestro peligroso vecino y enemigo; pero confesemos tambien, que ni le inspiró tales ideas, ni obró de inteligencia con Bonaparte sobre los medios de ponerlas en execucion: su misma conducta, sus temores, y su proyectada fuga al aproximarse á la capital el ejército frances, hablan en su abono, y lo defienden.

Nos hemos detenido en justificarle de este horroroso crimen, de esta negra traicion, que, segun nuestro modo de pensar, se le atribuye con ligereza y falsedad, para demostrar, que la imparcialidad es la que en todo dirige nuestra pluma. Volvamos á tomar el hilo que hemos cortado.

El insulto que Bonaparte, arrancando vilmente del castillo de Villaviciosa á un reo como Godoy, sobre quien no tenia la Francia el menor derecho, hizo á toda la nacion que llamaba su íntima aliada, alarmó en tales términos, que aun aquellas mismas personas mas alegres en sus pronósticos, llegaron á desconfiar absolutamente de su

amistad y de sus promesas. Estos recelos se convirtieron en evidencias luego que se supo de positivo, que lejos de retroceder Fernando á su capital desde Vitoria, por no haber llegado el personage que habia salido á recibir, y que le habia engañado repetidas veces, resolvió pasar adelante. Los franceses, y los de su faccion, para tranquilizar los ánimos, que estaban dispuestos á todo, y adormecernos, publicaban con solícita diligencia, que Godoy seria juzgado en Francia con todo rigor; que allí no habria ciertos respetos, ni le serviria de escudo la conexión con la familia reynante; que la Francia tenia un derecho indisputable sobre su vida, por haber revelado los tratados de Tilsit á la Inglaterra, y subministrado crecidas sumas para alargar la guerra del continente; que su cabeza seguramente la dexaria muy luego en un cadalso y se enviaria á España. En quanto á la resolucion que habia tomado nuestro Rey de pasar mas allá de Vitoria, aseguraban con la mayor valentía, que se agraviaba conocidamente la buena fé del Emperador, dando entrada á la menor sospecha sobre la sinceridad de su trato; que en los confines de ambos reynos, segun se habia practicado en otras ocasiones, se habian de abocar los dos Monarcas; que allí, despues de abrazarse cordialmente, consolidarian y afianzarian la eterna alianza que habia de unir á las dos grandes naciones; y que por último, una Princesa de Francia que traia en su compañía á Bayona la Emperatriz, venia á ser esposa de Fernando, y seria el arco iris que disipase todo rezelo.

Como la voz de este soñado enlace, en el que muchos, por un error político, hacian consistir la felicidad de España, habia tenido ya anteriormente demasiado sequito; como por otra parte se aseguraba que Godoy tenia en los bancos de Lóndres ochocientos millones, y que con efecto habia revelado los tenebrosos tratados de Tilsit; finalmente, como se sabia de positivo que quarenta ó cinquenta Coraceros iban escoltándole por el camino, deponiendo algunos como testigos de vista, que se le lle-

vaba amarrado con una cadena en el coche, la barba larga, por no haberle permitido afeitar, se dió acogida favorable á unos dichos que, aunque destituidos de todo apoyo, y que estaban en contradiccion con los hechos, li-songeaban nuestros deseos.

En este mismo tiempo empezó á circular de contrabando una carta, impresa sin duda en la oficina de Murat, y que siendo parto del infame Marchena, se suponía escrita por un oficial retirado en Toledo á un amigo suyo. Su contenido no dexaba la menor duda que era obra de alguna de las muchas plumas vendidas á las ideas de Bonaparte, y manifestaba de plano los atrevidos proyectos de este hombre ambicioso. En ella se daba por asentado, sin presentar la menor prueba, que habiéndose hecho indigno de reynar Carlos IV. y su hijo por la causa del Escorial, desentendiéndose de que la inocencia del Príncipe salió victoriosa, y cubiertos de oprobio sus acusadores, no le quedaba á la España, dislacerada con las disensiones domésticas de la familia Real, otro recurso, si quería verse libre de los horrores de una revolucion, que el de arrojarse con confianza en los brazos de su *fiel aliado el gran Napoleon, árbitro de las coronas, que estaba acostumbrado á disponer de ellas. . . . que si S. M. I. contemplaba util para España mudar la dinastía de sus reyes, dictava la prudencia someterse gustosos á su decision.*

A pesar de unas evidencias tan manifiestas, que no dexaban la menor duda, de que lo que se proponía el Corso era usurpar la corona con unos pretextos tan ridículos y extravagantes, á quien llamaba su íntimo aliado y á toda su dinastía, muchas personas instruidas, bien por no haber leído este libelo contra la raza borbónica, ó bien porque diesen mas crédito á las voces que cuidadosamente esparcian los agentes de la Francia, aun vivian en la necia confianza de que todo se arreglaría en Bayona á satisfaccion de ambas naciones; como si fuese posible concordar unas miras y unos intereses tan diametralmente opuestos.

Para ignominia de la sabiduria humana es preciso confesar de buena fé, que el pueblo, este mismo pueblo que se mira como necio é idiota, abrió los ojos ántes que muchos de los que se precian de políticos, y desconfió absolutamente de la amistad de tales huespedes, desde el momento que pasó de Burgos el inocente Monarca. Presagió mal de su viage, y persuadiéndose firmemente que la fuerza ó el engaño era quien lo iba arrastrando insensiblemente al cautiverio, miraba ya con horror á todos los franceses. Para contener su justo furor, hijo de la nobleza de sus sentimientos, la Junta suprema, cuyos individuos parece que aun no estaban corrompidos, tomaba quantas medidas le parecian oportunas á fin de evitar un rompimiento. Con este objeto, los Alcaldes de quartel, los de barrio, todas las justicias, acompañadas de muchos vecinos honrados, rondaban dia y noche, y separando toda reunion de gente, cortaban desde luego qualquier principio de insurreccion que estaba amenazando por instantes.

Estas medidas precautorias, ó mas bien el ánimo pacífico de los moradores de Madrid, ahogaba el odio con que la mayor parte miraba á los soldados franceses, cuya insolencia iba cada dia haciéndose mas insoportable. Si alguno ménos sufrido entraba en disputas con estos buenos aliados, léjos de tomar otro parte á favor de su compatriota, procuraba reconciliarlos, ó dando la razon al extranjero, aun quando estuviese muy distante de tenerla, cortaba de raiz qualquier accidente funesto. Es cierto que las almas sensibles lloraron cinco ó seis muertes violentas de soldados franceses; pero esto nada prueba en contrario de lo que dexamos asentado; porque un número tan corto de desgracias en el espacio de quarenta dias, y en una poblacion de trescientas mil almas, agoviadas con el peso de veinte y seis mil y mas extranjeros petulantes, cuyos gefes y subalternos estaban abusando de nuestra paciencia y sufrimiento aun en las cosas mas sagradas y respetables, para nada debe traerse á consecuencia.

La tarde del día 20 de Abril presentó un motivo sumamente poderoso para una sublevacion general contra los franceses, ofreciendo al mismo tiempo un campo muy vasto á la meditacion de los hombres reflexivos. En aquella mañana se presentáron en la Imprenta de Eusebio Alvarez, calle de la Zarza, dos franceses, llamados á lo que despues se supo Josef Fumielt, el uno, y Antonio Rubat el otro. La comision de estos dos agentes de Murat, que parece eran criados ó dependientes del General Grouchi, tenia por objeto imprimir una proclama sediciosa contra la autoridad de Fernando el VII., encabezada en nombre de su padre, que se titulaba Rey de España. El prudente y honrado impresor se negó desde luego á franquear su imprenta para un uso tan detestable: pero previendo que sino conseguian allí sus ideas, acaso se presentaria otro, y expondria la capital á las fatales consecuencias que podria acarrear su sedicioso escrito, manifestó quedar convencido de sus razones, y desde luego empezó á poner en execucion lo que deseaban. A la hora de comer halló expediente para poder salir de casa, y habiéndose dirigido á la del Gobernador del Consejo, le contó lo que le pasaba. Conviniéron entre sí sobre el modo de coger á los reos, despues de tirar algunos exemplares de la proclama, para que no pudiesen negar el delito; y habiéndose vuelto á su oficina el impresor, siguió la obra que habia dexado empezada. Estaba ya concluida, y entre cinco y seis de la tarde llegó á la imprenta el Gobernador con un Alcalde de Corte y su ronda, auxiliado de tropa, y en el mismo acto cogió á los dos revolucionarios, juntamente con sus papeles tanto manuscritos como impresos. Esta ruidosa prision atrajo tal concurso de toda clase de personas, que fue preciso poner centinelas en todas las bocas calles que conducen á la imprenta.

No tardó mucho tiempo en divulgarse por todo Madrid, no solo la prision, sino tambien los motivos que habian dado lugar á ella. Se tranquilizó el vecindario



viendo que los autores de la sedición habian sido arrestados en el quarto segundo de la misma casa del impresor ; y muchos ni aun llegaron á sospechar que tuviese intervencion en semejante atentado el gobierno frances , pero se desengañaron á muy pocos dias , quando se llegó á saber de positivo , que en la misma noche , á instancias de Murat , habian sido puestos en plena libertad los dos presos.

Con facilidad se viene en conocimiento , que la intencion de Bonaparte , que desde Francia dirigia todas las operaciones de su cuñado , era fomentar por este medio el ningun partido que en toda la Monarquía tenia Carlos IV. , para sepultarnos en una guerra civil ; y en esta division de vandos apoderarse impunemente de la presa que tanto codicia su corazon. Sus ideas quedaron frustradas vergonzosamente ; y aun quando hubiese conseguido fixar en las esquinas resmas enteras de proclamas sediciosas dirigidas á este fin , estamos seguros que nada hubiera adelantado : el poco amor que se habia conciliado de sus vasallos , hubiera llenado de luto toda la Monarquía , si se le hubiese visto otra vez sentado en el trono.

Su infeliz y perseguido hijo , el deseado Fernando , era quien reunia los votos de toda la nación. Madrid lloraba su ausencia , pero dulcificaba sus penas con los partes que se recibian diariamente de su importante salud ; y si una ó dos veces se retardaron algunas horas estos suspirados avisos , la inquietud con que en la puerta del Sol se contaban los instantes , acreditaba la ternura y buena voluntad con que todos le amaban.

El dia 27 del mismo mes empezó á faltar la correspondencia , pero atribuyéndose esta novedad á algun accidente imprevisto , ó á la escasez de caballos en las casas de postas , se esperaba con impaciencia el dia siguiente para salir de unas dudas que tanto atormentaban. Con este objeto se reunió un sinmenso concurso en la puerta del Sol , y habiendo llegado á la caída de la tarde cinco

correos de gabinete juntos y sin maletones, muy pronto se viéron cercados de conocidos, que les preguntaban á porfia lo que todos deseábamos saber. Su silencio, su semblante triste, y el ver que no traian cartas, era un indicio harto claro de las malas nuevas de que eran portadores. Se empezó á esparcir la voz, de que la causa de venir tantos correos juntos consistia, en que se les habia mandado retirar, porque en lo sucesivo deberia fiarse la correspondencia solo á los franceses. Esta triste noticia, que tenia bastantes visos de verdadera, ó á lo ménos de probable, llenó de amargura el corazon, y todos se retiráron persuadidos dolorosamente, que el Monarca que tanto amaban, carecia ya de libertad, y que los pocos españoles que le habian acompañado, acaso gemirian en las prisiones.

Murat, que se veia en visperas de dar cumplimiento á las órdenes precisas y terminantes de su cuñado, reducidas á que sin dilacion le fuese remitiendo á Bayona toda la familia Real de España, tenia en un continuo movimiento su ejército; y para aterrar al pueblo de Madrid, mandó que toda la tropa que estaba acampada en las inmediaciones, asistiese á la parada ó revista que acostumbraba pasar en el Prado los Domingos entre doce y dos de la tarde.

La parada del dia con que entró el infausto mes de Mayo fué mas brillante que las anteriores, y en ella con toda intencion ostentó su gefe las fuerzas que estaban confiadas á su mando. El pueblo, que tenia para estar irritado contra los franceses, y aun mucho mas contra su insolente caudillo, unas razones tan justas y poderosas como las que dexamos apuntadas, omitiendo otras por no ser demasiado prolixos, no podia mirar con indiferencia al que baxo el aparente y decantado título de aliado era su verdadero opresor. Se concluyó la parada, y al retirarse á su casa Murat con su soberbia comitiva, algunos de los que estaban en la puerta del Sol, no pudiendo ya por mas tiempo contener su indignacion, se

desahogaron en dicterios contra el agente del tirano, que aunque proferidos en tono regular, llegaron á sus oídos; y no faltó tambien quien le tirase con alguna naranja, que aunque dirigida á su cabeza, fue á dar á la de uno de sus edecanes.

Pálido y furioso llegó á su habitacion, jurando sin duda tomar venganza indistintamente de todo el pacífico vecindario; sin considerar que su conducta era acreedora al mas alto desprecio, y sin hacerse cargo que aquella pequeña mortificacion que habia sufrido su orgullo, podria quando mucho ser obra de algun insolente ó borracho, ó acaso tambien de alguna alma grande y generosa, perdida de dolor á vista de los males que afligian á la patria, y enagenada por el cautiverio en que contemplaba á su Soberano.

Ninguna consideracion fué bastante para tranquilizar su exáltada bilis: y proponiéndose llevar adelante sus iniquas y sanguinarias ideas de venganza, dió orden á sus generales para que al dia siguiente estuviesen sobre las armas las tropas acuarteladas en Madrid, y prontas para el primer aviso las que se hallaban acampadas en la casa del Campo, en el Pardo, y en Chamartin.

Estas disposiciones no dexaron de traslucirse aunque de un modo incierto, pues los que anduviéron á deshoras de la noche por las calles, notaron algunos movimientos en el ejército frances, sin saber qual seria la causa. Con todo, no faltaron personas que reflexionando despacio sobre los hechos del dia, y teniendo presente todos los antecedentes, veian como se iba formando sobre el horizonte de Madrid, una nube que acaso tardaria pocas horas en reventar, y temerosos de los rayos que podria despedir, se pusieron á seguro, abandonando precipitadamente su casa la mañana del triste, lúgubre, y memorable dia 2 de Mayo.

## CAPITULO VII.

*Sucesos de este horroroso dia.*

Sus temores muy pronto se vieron realizados. Furioso Murat con la pequeña afrenta que habia sufrido el dia anterior su amor propio, y deseoso de labarla en la sangre española, le pareció una ocasion oportuna, que no deberia dexar escapar; la salida del tierno Infante Don Francisco de Paula y de su hermana la destronada Reyna de Etruria. Si solo se hubiese propuesto dar cumplimiento á la orden de Bonaparte, relativa á la remision de estas personas, las hubiera sacado de palacio á deshoras de la noche, á tiempo que todos estuviesen entregados al sueño para evitar qualquier sublevacion popular, como habia hecho en Villaviciosa con Godoy, y como hizo posteriormente con el Infante Don Antonio, pero su cólera inflamada por una parte, y por otra el horroroso y exêcrable plan que habia venido á poner en execucion, exigia un pretexto plausible para sacrificar una porcion de víctimas inocentes, que al paso que sirviesen de pábulo á su venganza, aterrassen al pueblo, á fin de apoderarse impunemente del Gobierno, y para despojar de sus armas á todos.

Preparadas las cosas de antemano, y dispuestos los vencedores de Jena á entrar en accion con un pueblo inerme y descuidado, dispuso su caudillo sacar á las personas Reales entre diez y once de la mañana á vista de todo el mundo. Los curiosos que á la novedad habian acudido á la plazuela de Palacio, viéron con alguna indiferencia partir á la Reyna de Etruria, pero así que ven el coche dispuesto para llevarse tambien al tierno Infante Don Francisco de Paula, ya no son dueños de sí mismos, y se arrojan como leones á impedir el rapto. Rompen los tirantes: despedazan el coche y consiguen lo que desean. Los edecanes de Murat corren por todas par-

\*

tes á comunicar las órdenes, y el estruendo de la pólvora llama la atención del pacífico vecino, que vivía bien descuidado del lazo que se le había armado. La noticia, qual fuego eléctrico, se comunica por los barrios mas distantes, y al momento se ve sobre las armas todo el ejército frances.

Contando los valerosos vecinos de Madrid, mas con los impulsos de su magnánimo corazón, que con las fuerzas que podían oponer á un enemigo tan poderoso, que tenía á sus órdenes un ejército formidable, y cogido al Ministro de la Guerra, al Capitan general de Castilla, y á la mayor parte de los individuos de la Junta Suprema, salieron muchos á la calle, unos con escopetas mohosas mal acondicionadas, otros con chuzos, y no faltó tambien algun otro que, sin reparar en la debilidad de la arma, se presentase á cuerpo descubierto con un palo de escova ó de silla.

Se apoderaron los enemigos desde luego de las guardias y piquetes, como que no tenían orden sus oficiales para hacer resistencia. Léjos de permitir la Junta tomar parte á nuestros guerreros, al momento pasó un oficio el infame Negrete á los cuarteles de Guardias Españolas, Walonas, Voluntarios de Aragon, y Regimiento de Saboya para que á ningun soldado se dexase salir del cuartel. Al mismo tiempo destacó Murat dos de sus edecanes al cuartel de Guardias de Corps, para que al punto saliese el cuerpo á tranquilizar el pueblo.

Libres los héroes franceses de las bayonetas españolas, que aunque en corto número con respecto á las que se les podían oponer, acaso hubieran hecho arrepentir al sanguinario Murat de su atroz alevosía, empezaron á recorrer las calles numerosas patrullas de infantería y caballería, y ante todas cosas plantaron algunos cañones en la plaza, puerta del Sol, plazuela de la Cebada, y de Santo Domingo, con su mecha encendida.

Viéndose abandonado el vecindario de sus guerreros y defensores, muchos de los mas prudentes, que habían

salido á la defensa de la Patria , se retiráron á sus casas, contemplando juiciosamente que su obstinacion solo podria servir de aumentar los males ; pero otros mas fogosos é intrépidos , se propusieron gustosos morir con tal que vertiesen la infame sangre francesa. Inflamado de este noble entusiasmo el jóven Velarde , capitan de Artilleros, se dirigió al parque de artillería : halló por casualidad en una calle á su compañero Daoiz , y estimulándose uno á otro con generoso esfuerzo , juráron no abandonar el puesto hasta morir. Cumpliéron su promesa. Sacáron dos ó tres cañones , y asestándoles de frente al hospicio , por donde estaban entrando las tropas acampadas fuera , su inteligencia y su serenidad derrotó completamente varias columnas enemigas: quedáron sobre el campo de batalla mas de quatrocientos hombres.

Sin duda hubieran impedido el paso á todo refuerzo, ó hubieran acabado con quantos batallones hubiesen sido osados pasar adelante , si hubiesen tenido el número suficiente de hombres para el servicio de los cañones y metralla con que cargarlos ; pero siete artilleros tan solos , y muy distantes las municiones , era preciso alentase á los enemigos , quienes no podian ménos de conocer , que muy pronto se verian en la precision aquellos esforzados de dexar de maniobrar. Les faltó todo á un tiempo sino el espíritu. Este jamas les abandonó , y defendiendo su débil batería con su sable , por no entregarse , prefiriéron gustosos la muerte. Los toscos oficiales franceses , que no saben respetar las hazañas militares , sino ensangrentarse vergonzosamente en hombres desarmados , degolláron al pie del cañon á estos dos héroes , dignos de perpetua memoria , y de un eterno reconocimiento. (1)

Al mismo tiempo que los ilustres Velarde y Daoiz estaban inmortalizando su nombre , algun otro soldado , á

(1) Muriéron tambien alli mismo dos paisanos de los que acudieron á defender los cañones ; y fuéron heridos gravemente el esforzado Ruiz , oficial del Estado , un cabo de artillería , dos soldados y tres paisanos.

quien la alarma habia cogido distante de sus banderas, y habia podido desarmar á los invencibles de Austerlitz, ó que habia atrapado alguna boca de fuego, hacia prodigios de valor. De un guardia española se cuenta como indubitable, que de seis tiros mató otros tantos franceses; y siete Voluntarios de Aragon tan solos, puestos en las quatro calles, junto á la puerta de la Iglesia de la Merced calzada, contuviéron largo rato dos patrullas que les atacaron por Barrio Nuevo y la calle de los Estudios, hasta tanto que por falta de cartuchos se viéron precisados á huir.

No se portaban con ménos bizarría é intrepidez los paisanos. Unos acometian con denuedo á patrullas numerosas, dispuestas y armadas para pelear. Otros, en corto número, á cuchilladas y palos mataban las partidas sueltas que andaban desembarazando á balazos las calles, y otros, aun mas intrépidos, arrostrando con serenidad la muerte, intentaban apoderarse de su artillería, y aun consiguieron hacerse dueños de un cañon, que les fué imposible conservar por mucho tiempo.

Referir por menor todas las hazañas con que se cubrieron de honor en este memorable dia los madrileños, sobre ser una cosa muy prolixa, acaso nos acarrearía la nota de parciales y poco exâctos, vicio que jamas se puede tolerar en los que se proponen transmitir los sucesos de su tiempo, aun quando los fines que se propongan sean en sí muy laudables; pero no podemos resistirnos á la complacencia de referir algunas proezas, que aunque acaso parecerán exâgeradas, la unanimidad y conformidad en las relaciones, no dexa lugar á la duda, y son acreedores á la fe humana.

Sea la primera. Plantado sobre el sumidero de la plazuela de Zelenque un solo hombre con un trabuco, empezó á hacer fuego sobre una patrulla de caballería que venia por la calle del Arenal abaxo. Del primer tiro mató á un frances. Le dispararon varios á un mismo tiempo, y una bala le atravesó el muslo. No cuidándose de la herida

pudo cargar con presteza otras tres veces, y de los tres tiros solo se perdió el último, los otros dos los aprovechó á toda su satisfaccion. El combate era desigual, y cercado de enemigos, por no rendirse, espiró en el mismo puesto, defendiéndose como pudo miéntras le duró el aliento.

Sea la segunda. Baxaba por la calle Imperial un jóven como de veinte y dos años, con su paraguas debaxo del brazo. Al entrar en la calle de Toledo, un cabo y dos soldados franceses, que sin duda iban á llevar alguna orden, intentáron amarrarle. Irritado el mancebo de semejante injusticia, dirige al pecho del cabo el palo del paraguas, y dándole de punta con todo el lleno de su fuerza, le priva en algun modo del sentido: no se descuida en arrancar de sus manos el fusil, y á bayonetazos acaba con él, y con uno de los soldados que quiso defenderle: la misma suerte hubiera experimentado el tercero si hubiese intentado ponerse en defensa, pero aterrado entregó las armas y se salvó.

No se pasáron muchos minutos en apoderarse de los tres fusiles algunos de los presos que habian conseguido huir de la carcel, y uniéndose con otros compañeros, puestos en los portales del arco de Toledo, hicieron gran carnicería en los franceses. Para librarse de enemigos tan esforzados, la batería de la plaza disparó dos cañonazos, pero sus artilleros, amedrentados, ó poco inteligentes, pusieron las balas, una sobre el arco de la calle de Toledo, y otra en una columna de la fachada de San Isidro, sin causar el menor daño á sus ofensores. La intrepidez de estos hombres, dignos de mejor fortuna, los conduxo á la muerte: los cercó por último una partida de caballería, y les fué imposible salvarse, pero sus vidas las vendieron á buen precio.

No habia calle de las del centro que no presenciase algun prodigio de valor: la muerte volaba rápidamente por todas partes; y el soldado frances, infante ó ginete, que caia en manos de algun paisano, con dificultad podia salvar la vida sino imploraba clemencia: en este caso se



contentaban con desarmarlos. Algunos murieron á ladri-llazos, que les tiraban los albañiles desde las obras, y no faltó quien dexando caer tablones desde los andamios reventase caballo y ginete, sin que la coraza pudiese salvar la vida al miserable coracero. Los efectos del justo furor popular descargaron señaladamente contra los Mamelucos que andaban comunicando avisos de una parte á otra, ¿y podria mirarse sin horror á unos facinerosos, la mayor parte renegados, que recordando con su trage la invasion de los Sarracenos en España, excedian en crueldades á los mismos discípulos de Mahoma, pues su corbo alfange ni aun respetaba la vida de las débiles mugeres y del tierno niño?

Los esfuerzos extraordinarios del corazon mas intrépido por un orden regular suelen ser de corta duracion. Eran muy desiguales las fuerzas de ámbos partidos para que se pudiese poner en duda el resultado de la accion. Murat contaba con veinte mil hombres bien armados, aguerridos, y dispuestos para la pelea, y los paisanos que discurrían por las calles acaso no llegarían á cinco mil, ¿que mucho pues que una lid tan desigual se terminase en ménos de dos horas? Con efecto, desengañados los valientes madrileños, de que era excusado ya esperar el auxilio de nuestras pocas tropas, á quienes tenia encerradas en los cuarteles la mas negra traicion, y reflexionando prudentemente, aunque tarde, que su sangre no podia redimir la patria, procuraron muchos ponerse en salvo.

El terror que hasta este momento tenia sobrecogidos y amedrentados á los soldados del tirano, testigos oculares de nuestras proezas, desapareció viéndose libres de enemigos. Entónces fué quando empezaron á manifestar su valor: tales son sus decantadas proezas. ¿Y quales fueron las sobresalientes pruebas que diéron de su intrepidez? Entrar una partida numerosa en el Buen Suceso, y quales lobos carniceros quando sorprehenden una manada de ovejas, ensangrentarse con rabia en una infinidad de infelices desarmados, que desde el principio se habian refugiado al

sagrado. Subir al cuarto de Don Eugenio Aparicio, comerciante en la puerta del Sol, y pretextando que de su balcon habia salido un tiro, cebarse en el saqueo, y pasar á cuchillo á tres personas, las únicas que no se habian podido escapar por el tejado. Entrar en la casa de la Marquesa de Villescas, carrera de San Gerónimo, y baxo el mismo pretexto, inmolar furiosamente otras tantas víctimas. Asesinar en la casa del Duque de Hjar á un portero anciano, porque delante de la casa habia muerto un caballo de un Mameluco. Degollar á qualquier miserable que se veia en la dura precision de atravesar una calle para recogerse en su guarida. Asestar un tiro al incauto que se asomaba á un balcon, ó que veian distante sin intencion de ofenderlos. Acribillar á balazos á los infelices que fuera de las puertas de Madrid estaban muy descuidados en los trabajos del campo. De todo hubo, y podriamos citar exemplos luctuosos. Vencedores del Norte, ¿son estas las proezas con que os habeis cubierto de gloria en aquellas vastas regiones? Vuestros periódicos, á quienes por desgracia ha dado demasiado crédito nuestra buena fe, nos pintan vuestros hechos de una naturaleza muy diversa, pero nuestra propia experiencia nos recuerda con dolor, que la verdad está muy distante de vuestros labios, y que en el dia ni sabeis respetar las virtudes guerreras, ni tampoco el derecho de gentes.

Murat, el cobarde Murat, que cercado de millares de hombres y de muchos cañones, no habia sido osado ponerse al frente de las tropas, sabia por momentos las acciones heroicas con que se singularizaba un pueblo desprevenido. Sus edecanes admirados le noticiaban quanto llegaba á su noticia; y entrando en consejo con sus rateros generales, le pareció el medio mas propio para salir del conflicto en que se hallaba, y que jamas hubiera creído, pasar un oficio al Infante Regente, para que dispusiese que los individuos de la Junta Suprema, el Consejo de Castilla, el Capitan general de la Provincia saliesen á tranquilizar el pueblo, cuya energía y valor habia despreciado hasta en-

tónces con insolencia , y que ya empezaba á temer.

Se reuniéron con efecto estas autoridades á cosa de la una y media de la tarde , incorporándose varias personas de distincion , y tambien algunos generales franceses. El Consejo Real , vestido de toga , iba anunciando por las calles la paz , y dóciles á la voz de sus magistrados , los que aun no se habian retirado á sus casas entregaban sus armas , librándose por este medio los enemigos de su furor ,

Sosegados los ánimos á vista de unas seguridades tan solemnes , confirmadas por los mismos generales franceses , muchas personas , á quienes acaso llamarían sus urgentes ocupaciones , ó el cuidado en que contemplarian á su familia , no dudáron salir á la calle. Creyéron restablecida en un todo la paz y la buena armonía ; pero Murat solo se habia propuesto poner á cubierto sus tropas , y desarmar al pueblo , para cebar en él su saña impunemente y sin riesgo.

Sus ideas muy pronto se viéron comprobadas con el mayor sentimiento. Aun no habian dado las quatro de la tarde , quando ya habian arcabuceado á tres infelices junto á la fuente de la Cibeles , sin mas razon que quererlos arcabucear : al primero porque habia insultado de palabra y con justicia á un soldado frances : al segundo , á quien arrancáron del lado de su esposa , y un tierno hijo que iba acompañando , porque llevaba una espada roñosa y casi inservible debaxo del brazo ; y al tercero , Barbero de oficio , porque le halláron las navajas propias de su profesion. Este desgraciado , á quien casualmente vimos conducir en medio de seis soldados , iba muy descuidado y sereno , persuadiéndose que reconocida su inocencia , inmediatamente le pondrian en libertad ; se engañó miserablemente , y la vista de los dos cadáveres que aun estaban revolcándose en su sangre , privándole de toda esperanza de salvar la vida , le hizo dar un grito penetrante que traspasó nuestra alma , y casi trastornó nuestros sentidos. Sus verdugos no tardáron quatro minutos en volver cargados con sus despojos.

\*

Al mismo tiempo otros corrian diligentes las calles, registrando indistintamente á quantos caian en sus manos. Hacia alguno la menor resistencia : queria detenerse para implorar misericordia , era irremisiblemente pasado á bayonetados ; y al que hallaban con qualquier género de armas , con qualquier clase de instrumento , cortante ó punzante , fuese la navaja mas embotada en tabaco , fuese una aguja salmera , aun quando solo fuesen unas pequeñas tixeras , una navaja de afeitar , una débil lanceta , le conducian al vivac , á los cuarteles ó al retiro. Estas desgraciadas víctimas se dexaban llevar sin el mas mínimo recelo ; su conciencia de nada les remordia ; pero sepultadas en los hediondos calabozos con algunos que habian sido hechos prisioneros durante la accion , empezáron á temer un penoso cautiverio. Muchos de ellos hubieran podido tenerse por dichosos en que sus tristes pronósticos se hubiesen verificado ; pero entre nueve y diez de la noche sacáron atados la mayor parte , y sin prevenirles que iban á morir , ni darles un momento para pedir perdon de sus culpas , los sacrificáron con la mayor dureza é inhumanidad. La pradera de San Gerónimo , las tapias de la huerta de Jesus que dan al Prado , fué el teatro de tan horroroso catástrofe ; y los lastimosos ayes que dirigian al cielo aquellos infelices , pidiendo gracia en el tribunal divino , tenia fuera de sí á las almas sensibles , á cuyos oidos el lúgubre silencio de aquella tenebrosa noche permitia llegasen sus clamores. Los religiosos gerónimos , y los trinitarios descalzos , herizados los cabellos , y hechos un mar de lágrimas , desde las ventanas de sus celdas dirigian al Dios de las misericordias sus súplicas á favor de aquellas almas , y aun no bien las absolvian precipitadamente baxo condicion , quando una descarga cerrada anunciaba haberse consumado ya el crimen.

Para cohonestar el pérfido Murat con algunas apariencias de justicia unos procedimientos tan bárbaros , tan inauditos , y tan exêcrables , mandó al Gobernador Grouchi convocase en aquella misma noche la comision militar. Es-

ta junta, órgano por donde manifestó sus sanguinarios deseos, decretó los siete artículos que se insertaron en el diario del día 3, por los que se castigaba con pena de la vida, no solo los delitos pequeños, sino hasta los mismos descuidos involuntarios, y las menores infracciones. (1)

Sin invertir y trastornar el orden social, ninguna ley puede tener fuerza, ni un efecto retroactivo; sus penetrantes ojos solo miran para adelante. A pesar de esta sabia regla, adoptada por todas las naciones cultas, los artículos que sancionó Grouchi, por una monstruosidad que acaso no tendrá exemplar, castigaban con el último suplicio unas acciones y procedimientos, que aun quando fuesen delitos ó transgresiones despues de promulgada la ley, estaban muy distante de serlo ántes de su promulgacion; pero tales gentes no se detenian en estas delicadezas; su objeto era intimidar, y meter en un puño á los que con tanta generosidad los habian alojado, para que luego nadie fuese osado á respirar: el amor propio del gefe, por otra parte, resentido desde el dia primero, y avergonza-

(1) Para que no se crea que cargamos el quadro con pinturas de imaginacion, copiemos literalmente los artículos de la orden del dia 2.

Art. I. Esta noche convocará el General Grouchi la comision militar.

II. Serán arcabuceados todos quantos durante la rebelion han sido presos con armas.

III. La Junta de Gobierno va á mandar desarmar á los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la Corte, que pasado el tiempo prescrito para la execucion de esta resolucion, anden con armas, ó las conserven en su casa sin licencia especial, serán arcabuceados.

IV. Todo corrillo, que pase de ocho personas, se reputará reunion de sediciosos, y se disipará á fusilazos.

V. Toda villa ó aldea donde sea asesinado un frances, será incendiada.

VI. Los amos responderán de sus criados; los impresarios de fábricas de sus oficiales, los padres de sus hijos, y los prelados de conventos de sus religiosos.

VII. Los autores de libelos impresos ó manuscritos, que provoquen á la sedicion, los que los distribuyeren ó vendieren, se reputarán agentes de la Inglaterra, y como tales serán pasados por las armas.

do con la pérdida de mas de ciento veinte mil hombres que habia sufrido su ejército á manos de un pueblo desarmado , pedia venganza. El Consejo de Castilla interpuso su mediacion á favor de las víctimas que gemian en las prisiones , pero la dureza de su corazon desechó sus súplicas. Los individuos de la Junta , vendidos á la iniquidad , guardaban el silencio mas vergonzoso ; y si su buen Presidente intentaba despertarlos de su criminal letargo, eran desatendidas sus propuestas : se le miraba como un ser nulo , y su voz para nada era escuchada.

## CAPITULO VIII.

### *Conseqüencias del fatal dia 2.*

Amaneció el melancólico dia 3 de Mayo , y en vez de flores , presentó el Prado un campo diseminado de cadáveres , despojados hasta de la misma camisa , y aun muchos mutilados. Este horroroso quadro llenó de luto y amargura los corazones ; pero muy luego fué preciso olvidarse de los muertos para lamentar la horrorosa situacion en que se hallaban constituidos los vivos , arrestados en los cuarteles , y otros á quienes se buscaba con ansia , ó porque de su casa habia salido algun tiro la mañana del dia 2 , ó porque durante la accion se habian singularizado en algun prodigio de valor , y los asalariados y viles espías de la tiranía los habia descubierto y delatado. Unos y otros estaban condenados anticipadamente á ejecuciones militares ; y si no todos fuéron víctimas de la ferocidad francesa , debieron su existencia los que tuviéron la dicha de salvarse , á ciertos respetos humanos , ó á alguna feliz casualidad.

El sorteo , este recurso que solo puede ser disculpable , quando siendo muchos los reos de pena capital , dicta la humanidad no sacrificar sino una parte , para economizar la sangre , y no dexar desairada la vindicta pública ; el sorteo , volvemos á decir , decidió de las vidas de los que estaban presos en el Retiro ; pero ni aun fuéron tan felices

los que gemian en las lobregueces de otras prisiones: á ninguno se le dió quartel. Estos últimos, conducidos á los páramos que cercan la casa del Príncipe Pio, y puestos en montones, una descarga de fusilería les cerró los ojos para siempre. Se asegura que su número ascendió á cuarenta y seis: no salimos responsables de la exâctitud en el cálculo, pero en lo que no nos queda la menor duda es, que en aquel campo de lágrimas fué arcabuceado un Sacerdote, Sacristan mayor de la Encarnacion.

Estas horrorosas escenas no dexáron de presentarse hasta el dia cinco. La comision militar, sedienta de sangre, acaso hubiera seguido implacablemente buscando víctimas para poner en execucion sus bárbaros decretos; pero las continuas representaciones y súplicas del Consejo de Castilla á Murat, ataxáron aunque tarde tantos males, que tenian sobrecogidos los ánimos mas esforzados; y quedó disuelto por fin este sangriento tribunal al tercer dia de su fatal ereccion.

El terror y la compasion que inspiró en un pueblo sensible, y naturalmente pacífico, tanto número de atrocidades como en estos dias cometió la barbarie francesa, obligó á una infinidad de familias á desamparar sus hogares, abandonándolo todo precipitadamente, sin reparar en las fatigas y riesgos de los viages largos que emprendiéron muchas á pie, y acaso destituidas de facultades. Otros, mas esforzados, persuadiéndose sencillamente que la dolorosa tragedia del dia 2 habia sido obra de la casualidad, y sus tristes efectos resultado preciso de la insolencia de algunos hombres turbulentos, como publicaban con audacia los franceses y sus viles partidarios, creyéron restablecida la paz y buena armonia entre la tropa de asesinos y el paisanage, y que ya no habia que temer para lo sucesivo, segun lo aseguraba Murat en los mentirosos bandos que fixaba; pero luego que supiéron que el honrado Infante Don Antonio habia sido sacado violentamente de Palacio la noche del dia 4, y conducido á Bayona en clase de preso con escolta francesa, co-

nociéron, sin que les quedase la menor duda, adonde se dirigian los vastos planes del buen aliado; y previendo juiciosamente, que la fidelidad madrileña acaso no podria ya sufrir mas pruebas de iniquidad, cerraron los ojos á toda consideracion para ponerse á seguro. Otros, finalmente, que no se habian resuelto á dexar el rincon de su casa, ó porque sus circunstancias no les permitiese sin considerables pérdidas tomar este partido, ó porque la serenidad é intrepidez de su espíritu fuese superior á los grandes males que amenazaban, no pudiendo ya sobrellevar por mas tiempo, por una parte la desolacion en que veian la capital, entredichos algunos de sus templos, mudas las campanas de todas sus iglesias, cerradas las puertas de las tiendas, casas y talleres, amenazado el vecindario con requisiciones, con visitas domiciliars y con los cañones que no se habian quitado de la plaza y demas puntos, retratada al vivo la imagen de la afliccion en todos los semblantes; y por otra, la altanería y petulancia con que desde el dia 2 empezáron á conducirse no solo los soldados, sino hasta los mismos generales de este ejército de Vándalos, se resolviéron aunque con dolor, á perder de vista la capital, agitada tambien con alarmas que turbaban por momentos el reposo de las familias, y tenian en un continuo sobresalto á toda la poblacion.

Llena la imaginacion de las tristes y melancólicas escenas de que habian sido expectadores, se esparciéron todas estas familias por el reyno; y el número de emigrados, á pesar de la dificultad en obtener los pasaportes de Murat, sin cuyo salvo conducto no era lícito salir de las puertas de Madríd, cogidas por sus soldados desde el primer tiro que se disparó en la mañana del dia 2, pasó de treinta y seis mil personas. Con facilidad se discurre, que cada uno de los profugos que llegó á las provincias, seria un apostol que anunciase los grandes sucesos que habia presenciado: y nada tiene de extraño que la viveza con que pintarian á su modo estos



horrores , cargando tambien muchos el quadro con exâgeraciones , acalorase la fantasia de los oyentes , deseando y pidiendo todos venganza y guerra perpetua contra una nacion , que baxo el velo de la amistad mas hipócrita , habia introducido en nuestras casas la afliccion y la muerte.

Aqui tenemos , sin recurrir á causas preternaturales , muy superiores á nuestra débil inteligencia , el verdadero motivo , la razon poderosa , y acaso única para levantarse casi simultáneamente todas las provincias. La fogosidad , el entusiasmo y el honor de los naturales hubiera querido al acabar de escuchar tantas atrocidades , ponerse al momento en marcha para batirse con los opresores de sus compatriotas ; pero no siendo practicables sus buenos deseos , empezáron á clamar á un grito para que se les alistase en el número de los defensores de la patria. Las autoridades de los pueblos oyéron con satisfaccion y complacencia los acentos que expresaban los nobles y generosos sentimientos que inflamaba á una nacion en todo grande , pero ántes quisiéron ver el fin de las negociaciones pendientes en Bayona , para que en ningun tiempo se les pudiese culpar de ligereza , y evitar una infinidad de males que podria acarrear qualquiera resolucion prematura.

Luego que , llenas de admiracion , viéron las provincias al frente del gobierno al infame Murat , con el dictado de Lugar Teniente general del reyno , y despojado del cetro con la mayor alevosía , al infeliz , al desgraciado Fernando , juntamente con toda su dinastía , cada una empezó á poner en planta sus planes , organizando exercitos con que defenderse y atacar. Léjos de entibiar los ánimos sus proditoras gazetas , sus ostentosas proclamas y circulares , y tanto número de folletos con que cada dia nos regalaba Laforest , Raymon , Esmenards , Marchena , y otros agentes de Napoleon , para justificar la abdicacion arrancada violentamente á nuestro amado Soberano , y hacernos tragar al intruso Pepe , esta guerra que tentá-

ron hacernos con la imprenta, se convirtió contra sus mismos autores, y solo sirvió de encender mas y mas el fuego, el sagrado fuego que devoraba el pecho. Ni sus palabras, ni sus engañosas promesas, ni sus amenazas, ni sus numerosos ejércitos fueron capaces de hacer titubear por un momento en quanto al partido que se debería tomar. Se empezaron á levantar Regimientos, á hacer acopios de guerra y boca: se enviaron varias diputaciones á Londres, y el entusiasmo con que fueron recibidas, acreditó que mas confiaban los ministros ingleses para la ruina y exterminio de su enemigo natural, de los patriotas españoles que de todas las coaliciones. Todas nuestras provincias se pusieron en fermentacion; y si algun hombre vil, corrompido con el oro, ó con promesas ilimitadas, y acaso ilusorias, tentó proteger ó apadrinar la perfidia, su cadáver fué arrastrado ignominiosamente por las calles: espectáculos horrorosos que por desgracia se han presentado en varias ciudades. (1)

Los extraordinarios esfuerzos con que todas las provincias, estimuladas de una noble competencia, han procurado excederse, corresponden á la historia particular de cada una de ellas; y sería lástima que habiendo tantos héroes, queden sepultadas en olvido sus hazañas por falta de Homeros que las refieran: por lo que á nosotros toca basta decir, que todas han contribuido para sacudir el pesado yugo que se nos quería imponer, y para defender el honor nacional. Si las Castillas, si las provincias Vascongadas no han hecho tanto, se puede asegurar que han sufrido mucho mas; si no se han armado, si no se han cubierto de laureles en el campo de la gloria, atribúyase tan solo á su localidad, y á que el peso de las bayonetas francesas las ha tenido agoviadas, y sin poder respirar desde el mes de Noviembre.

(1) En Cádiz, en Sevilla, en Granada, en Badajoz, en Valencia, en Tortosa, &c. Acaso muchas de las víctimas que perecieron á manos del pueblo serian inocentes, pero esta es una consecuencia precisa de las grandes revoluciones.

La Francia, la Europa toda, es preciso mire con una especie de pasmo, á una nacion, que sin gefe reconocido, sin un punto céntrico de reunion, sin erario, sin ejército, sin repuestos militares, tomadas sus fortalezas con engaños, cercada de traidores, agoviada de miserias, exâusta de todo recurso, afligida de toda especie de males, capaz qualquiera de ellos de dar al traste con la monarquía mas brillante y opulenta, arrolle, destroce, y ponga en vergonzosa fuga en ménos de dos meses exércitos numerosos y aguerridos, victoriosos, segun nos los han pintado, en Italia, victoriosos en Prusia, victoriosos en Alemania, y victoriosos en todas partes. Despertar del letargo en que por tantos años habia estado sepultada la España, y recobrar el lustre y brios que habia obstentado al mundo en sus mas gloriosas épocas, todo ha sido obra de muy pocos dias; y aun si quisiésemos cubrir de ignominia á los franceses, atestiguando con sus mismos folletos, diriamos que de algunas quadrillas de rebeldes é insurgentes. Esto es lo que hemos visto, y que acaso se tendrá por fabuloso dentro de algunos años, quando se vea estampado en la historia. ¿Y á quien seremos deudores de tan grandes ventajas? ¡A quien! A Bonaparte: no tememos decirlo: sí, á este astuto y despreciable Corso, que con su inaudita perfidia, y queriéndonos esclavos, por un efecto enteramente contrario al que se proponia, y á las gigantescas ideas que habia sido osado á concebir, nos ha despertado del profundo sueño en que dormiamos, y nos ha recordado nuestros sagrados ó imprescriptibles derechos.

### CONCLUSION.

Mucho, muchísimo es lo que se ha hecho, pero aun queda mucho mas que hacer; y poco fruto sacaria la nacion, si despues de unos esfuerzos tan grandes, y de unos sacrificios tan generosos, se dexase la obra incompleta. La crisis en que se ha visto la monarquía ha sido la mas terrible: por felicidad ha tenido una terminacion muy su-

\*

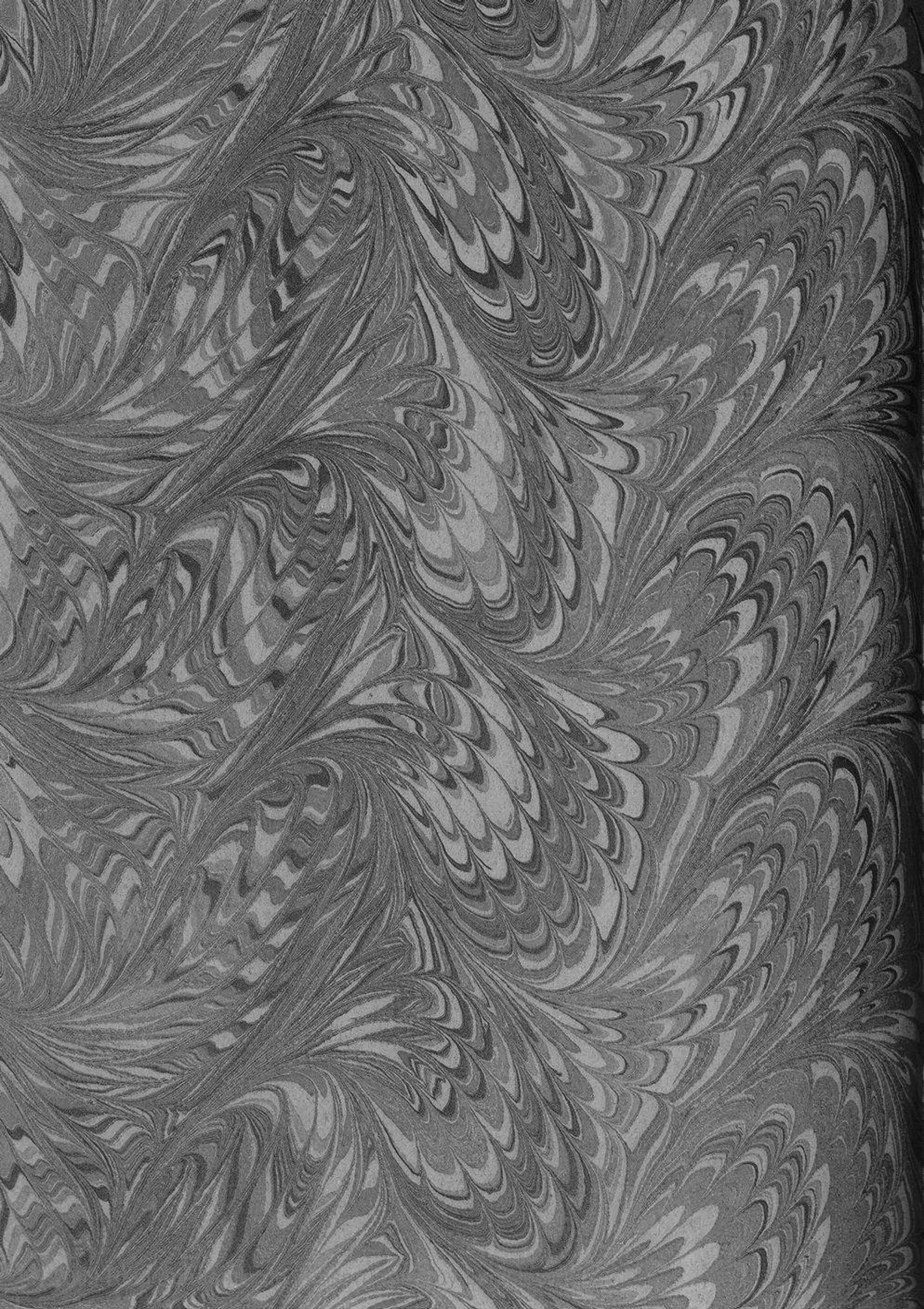
perior á nuestras esperanzas. Aprovechémonos, pues, de unos momentos tan favorables: no dexemos escapar unos dias tan risueños, que hace quatro meses ni aun se hubiera atrevido á concebir la imaginacion mas lisongera. La España jamas será feliz, si despues de acabar con las reliquias de esos exércitos de vandidos que han llenado de luto el suelo que han pisado, no pone una barrera impenetrable en los pirineos, que haga respetar nuestras fronteras, y no renuncia para siempre de toda amistad, de toda alianza con la Francia, sea qual fuere su especie de gobierno, sea quien fuese el gefe que la dirija: este es el primer paso para su felicidad.

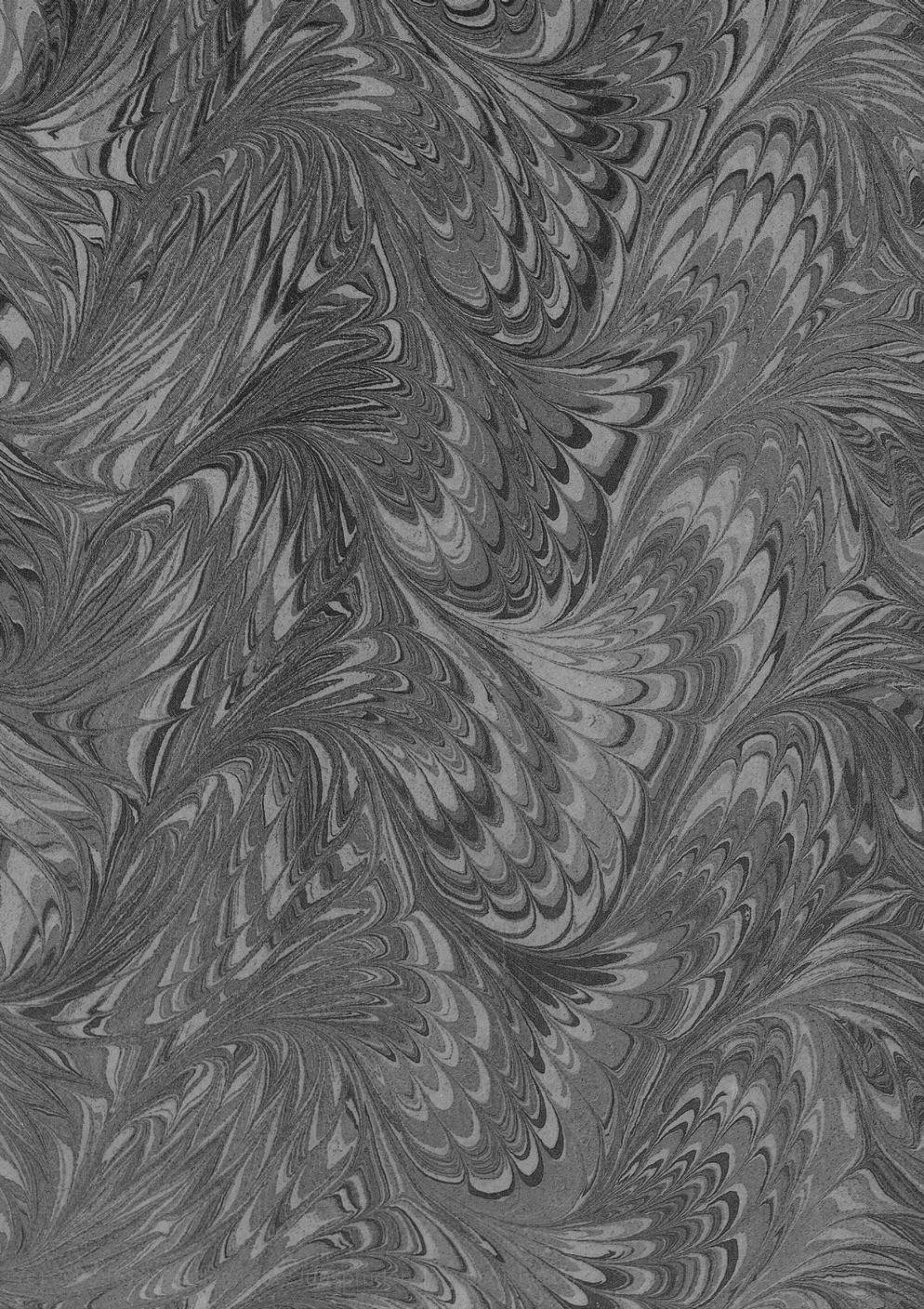
El segundo en orden, pero tan indispensable como el primero, es la reforma de nuestra propia casa. Una sabia Constitucion sacada de nuestros respetables códigos, que fixando con exâctitud los límites del poder supremo, prive á un Soberano déspota, á un ambicioso valido, á un favorito cruel ó inepto, á un ministro avaro ó injusto, á un tribunal venal, corrompido ó indolente, al hombre público constituido en qualquier dignidad, de toda esperanza de poder abusar de unas facultades que se le conceden para edificar, y no para destruir; para el bien universal, y no para el particular: una Constitucion que afiance los derechos de todas las clases del estado, sin que la arbitrariedad pueda atacarlos: una Constitucion que sirva de escudo al individuo mas miserable de la sociedad, contra los atentados del poderoso que intente oprimirle: una Constitucion por último, que al paso que sirva de delicia al virtuoso ciudadano, aterre al perverso, al pérfido, al intrigante..... es el objeto de los votos de todo buen español. La España entera espera á su tiempo este gran servicio de la Representacion Nacional: no solo lo espera, sino que, permítasenos decirlo, tiene un fundado derecho para esperarlo.

FIN.



518





SI  
AF

9/2



SUCESOS  
AFLIGIDOS  
A  
MADRID

/2315